

ASPECTOS DE LA BIOGRAFIA DE DON ANTONIO DE OQUENDO (*)

Por IGNACIO DE ARZAMENDI (†)

OQUENDO EN EL ESCENARIO EUROPEO

Con el anterior incidente, cierra Oquendo el ciclo de sus viajes a América. Su Salud no le responde. Aquejado de achaques, necesitaba reconfortar su débil complexión física con un descanso que no va a conseguir. Cuando más ilusionados planes acariciaba para gozar de la primavera, una perentoria orden ministerial reclamó la presencia en sus puestos de los señores Marqués de Velada, Oquendo y el nuevo Capitán general del Mar Océano, Duque de Maqueda. A este último, de conocimientos náuticos muy escasos, le adjuntaron como colaborador técnico, al famoso Oquendo, en el cargo de Almirante general de España (1).

La experiencia en asuntos marinos hacía de los consejos de Oquendo mandatos que se cumplían por los señores consultantes. Así el 8 de Mayo aconsejaba a los señores Presidente y oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla, le enviaran dos técnicos: uno para poder efectuar las reparaciones necesarias en el galeón "San Sebastián" de su Armada, estante en La Carraca; y un determinado contramaestre por conocer los defectos y deficiencias, y así conseguir la inmediata habilitación deseada (2).

VERDADERA MEDIDA DE SU COMPETENCIA

Tanta era la fama de Oquendo, que el Duque de Medinasidonia no dudó en estampar el juicio siguiente: "No se puede negar a don Antonio que en su profesión es hoy el mejor sujeto en la suficiencia;

(*) Cfr. BEHSS 11 (1977) 69-149; 12 (1978) 101-142 y 13 (1979) 191-250.

(1) *Cartas de algunos PP. de la Compañía de Jesús* (8 abril 1636), *Memorial Histórico español* (Madrid, 1861) XIII, 39.

(2) AGI, *Contratación*, 5.101.

y no lo borra con ruin vida ni con malas artes, porque es ejemplar en la virtud y en servir con celo y limpieza de intereses". Este juicio de un jefe de marina tan relevante corrobora la verdadera capacidad técnica del Almirante general de España Opinión que viene a agregarse a otros anteriormente expuestos por nosotros. Si de ello nos cupiera era alguna duda, nos lo demostrará en los últimos sucesos de su vida marinera. No se le pueden negar a Oquendo, y (como en varios momentos incomprensible y tercamente lo hace el sabio y competente escritor marino Cesáreo Fernández Duro), dotes técnicas ni celo en la jefatura y desempeño de las misiones más difíciles.

Las defensas del puerto de Cádiz, flojas y repetidamente atacadas a mansalva por los buques ingleses, requerían fortificaciones más eficaces. A tal efecto el Duque de Medinasidonia pidió a Oquendo en atenta carta, le prestase ocho cañones de calibre medio con el fin de reforzar la casa alta del fuerte del Puntal. Con tal medida juzgaba, suficientemente defendidos la plaza y puerto de Cádiz contra los posibles ataques enemigos (3).

EXPOSICION CRITICA DE LA SITUACION NAVAL ESPAÑOLA

Por la misma fecha en que solicitaba un merecido descanso por razones de salud, se le exigía un servicio real algo complicado. Oquendo, con su prudencia y comedimiento habituales, remitió en respuesta un interesante informe. El nuevo objetivo trazado se refería a un cruceo a emprender con una mermada Armada por Levante para juntarse con la de Nápoles. A pesar de la escasez de pólvora e insuficiencia de tripulación e infantería, se le apremiaba a salir hacia las costas valencianas y catalanas, donde según el mandato real recibiría nuevos refuerzos. En éstas se repondría de gente, mientras que en Málaga y Cartagena se le abastecería de municiones y de las urcas necesarias. ¿Qué es lo que se pretendía?

El proyecto real, —creía posible reunir 36 galeones— tenía por objetivo deshacer los designios enemigos. Oquendo, sin embargo, discrepaba del parecer real. Por ello dirigió a Su Magestad las siguientes líneas: "Aunque mi obediencia será en esta ocasión la misma que en todas las demás en que V. M. ha querido emplearme, por lo que debo a su real servicio y deseo los aciertos de él, me ha parecido representar a V. M. lo que me ocurre en la materia. *Buscar las ocasiones, señor con desigualdad conocida, promete malos sucesos*", etc...., Tras la exposición de las razones de Oquendo, siguióse la revocación de la orden real. Por una vez siquiera prevaleció la sensatez. Con una España escasa de barcos, y con tan urgentes necesidades en los dis-

(3) CVP, doc. 263 (23 julio 1636).

tintos frentes de guerra, no se comprendía cómo el rey podía recomendar a ciegas operaciones bélicas difícilísimas, con exiguidad de medios, desproporcionados siempre al fin y objetivo propuesto. El fracaso a que se exponía Oquendo con tales comisiones, no era, con todo, suficiente a retraerle de cumplir siempre con su deber, aunque menguara su crédito personal. El motivo verdadero, al enviar la notabilísima y razonada representación de la situación naval española, no fue otro que tratar de impedir el ridículo y descrédito de la Marina española. Esta exposición técnica a que aludimos, deberá tener presente el lector para juzgar con imparcialidad y desapasionamiento la verdadera situación y desarrollo de la parte práctica de este informe, no en este crucero cuyo proyecto se desvaneció con acertado criterio después de las razones alegadas por Oquendo, sino en la famosa batalla de las Dunas. La concreción de la imposibilidad física y moral de cumplir un objetivo de máximo relieve con medios tan ineficaces, el planteamiento de esa ecuación, repito, se verificó en la batalla de 1639.

El resultado no pudo ser otro que el previsto por Oquendo. Echase de ver aquí la pericia con que supo dictaminar la anormalidad de tan difíciles problemas. El genio, talento y dotes de habilidad náutica nunca se revelaron tan superiores como en estas dos ocasiones: la primera, al conseguir del Consejo de Guerra retirase el proyecto y orden real; la segunda, cuando ante la formidable masa naval holandesa, en proporción de tres a uno, al principio de la grandiosa acción de las Dunas a favor de los holandeses, y tras las primeras horas, en una superioridad casi imposible de creer, —nueve a uno—, su personalidad militar y su genio y concepción de la guerra naval crecen y se agigantan. Siempre enhiesta la bandera, león terrible en esta ocasión, pero sobre todo en una hazaña que no tiene parangón en la historia. Si la Armada española con Oquendo, cedió ante la superioridad numérica de la joven marina holandesa, tan fracaso no puede culparse al genio marino de Oquendo, negándosele las dotes de almirante y jefe, cual el crítico antes aludido hizo, sino a la fortuna de una nueva táctica y estrategia naval de mando holandés, como la revolución más trascendental ocurrida en el sistema de lucha hasta entonces empleado. No fracasó la técnica de Oquendo solamente; fracasó España con su táctica antigua. Triunfó el nuevo orden, táctica y sistema de lucha, que es el actual de las marinas en general. Oquendo no rehusaba, por miedo, el combate. Requería las condiciones mínimas de seguridad para salir triunfante, sin arriesgar imprudentemente los intereses de España.

Para estar prevenido convenientemente suplicó al señor Presidente de Sevilla, se le enviara con urgencia al contador Melchor Fernández de Tejada, ido allí en comisión de servicios con las listas de la Es-

cuadra de barlovento (4). A los pocos días se le concedía, a instancia suya, autorización para llevar en cada galeón un boticario con 15 reales de sueldo y un cirujano con 12 reales mensuales. Conociendo la necesidad y peligros espirituales de la marinería a bordo, presentó al Rey una atenta súplica retransmitida a los PP. de San Juan de Dios del convento de Cádiz, con el fin de obtener un religioso para cada galeón, o siquiera los más posibles (5).

LA ESCUADRA FRANCESA EN EL MAR

Acusaban evidente nerviosismo las disposiciones reales últimas, debidas, acaso, a la presencia en aguas mediterráneas de la Escuadra francesa. Richelieu, el artífice de la unidad y grandeza de Francia, soñaba también con la prepotencia hegemónica de los mares. Un obstáculo impedía la consecución de tal objetivo: la presencia de los famosos galeones españoles con su perseverancia y energía peculiares, botó a la mar dos escuadras, la de Poniente y la de Levante. Esta a las órdenes del arzobispo Henri d'Escoubleau de Sourdis, inquieto, irritable y fanfarrón, retador del Almirante Hoces, merodeaba en las costas levantinas. Buscaba fáciles éxitos que no obligasen a dar la cara ante el mejor luchador de aquella década. Conocido es el miedo y espanto del eclesiástico jerarca ante la noticia de la salida al mar del bravo donostiarra. ¡Con las ganas que tuvo éste de medirse con el francés! Nunca sin embargo, pudo satisfacer ésta su ilusión (6). Sólo una nación hubo que quiso enfrentarse con las armas y naves conducidas por el almirante Oquendo. Pero ello con las precauciones inauditas de poner en combate la flor y nata de los generales marinos en su totalidad, a bordo de la armada más poderosa que se conociera en el siglo: esta potencia era Holanda.

Mientras se hallaba en Cádiz preparando la salida para el recorrido por las costas mediterráneas, indicábasele desde el bufete real la necesidad de embarcar 1.500 soldados de las milicias destinadas a Italia (7). Además, debería recoger los barcos anclados en el puerto gaditano y en los restantes de Levante: cuatro o seis urcas de unas mil toneladas de porte global; y así, con todos estos elementos, tocaría en los puertos de Málaga, Alicante, Cartagena y Vinaroz, Disposiciones todas que quedaron en agua de borrajas, al exponer Oquendo la verdadera y deficiente situación existente en esos puertos, con lo que acabó de abrir los ojos a los mal informados consejeros reales.

(4) AGI, Carta de Oquendo desde Cádiz 18 de Agosto 1636.

(5) CVP, doc. 264 (28 de Agosto).

(6) C. FERNANDEZ DURO, *La Armada española*, IV, 156.

(7) CVP, doc. 262 (15 de Septiembre de 1636).

Los ejércitos de España y del Imperio conservan en 1.636, la **ventaja**, obligando a los franceses a retroceder al Rhin, y a retirarse en Alsacia y el Franco Condado. En el oeste, el cardenal infante don Fernando pone en fuga al mariscal de Chatillon en territorio holandés y cruza la frontera francesa. Penetra en la Picardía, domina varias plazas fuertes y alcanza las márgenes del Oise y Somme. Lánzase una tenaza peligrosa contra París, al tiempo que invaden el sur francés por Gascuña tropas españolas entradas por Navarra y Guipúzcoa, amenazando a Bayona. Sin embargo, faltó la decisión en el último instante en el ataque a la capital parisina, debido a la preocupación por los movimientos de los rebeldes flamencos. Con la retirada general quedan las cosas en un punto indeciso. En el teatro de guerra italiano se suceden unos cuantos éxitos parciales franceses que no surten efecto por la heroica acción de don Martín de Aragón en el Tesino. Richelieu intenta dominar la situación e inclinar la balanza a su favor: lanza simultáneamente cuatro ejércitos en la Alsacia, el Franco Condado, Picardía, y Champaña.

En el mar, cruza las aguas mediterráneas una potente Armada francesa de unas 60 naves a las órdenes del conde Harcourt meditando el asalto a las islas de Santa Margarita y San Honorato. Conquistadas éstas por los españoles a las órdenes del conde Santa María de Formiguera en 1.635, cambian de dueño, con el dominio de los franceses, en Marzo de 1.637. La alarma cunde en las costas mediterráneas, ante la presencia de estos, que llevan el incendio y la devastación a la ciudad de Oristán en Cerdeña (8).

DON ANTONIO DE OQUENDO, CAPITAN GENERAL Y GOBERNADOR DE MENORCA

Con muy buen acuerdo, se ordenó con fecha de 7 de diciembre de 1.636 a la Escuadra de Oquendo internarse en las islas Baleares. En el puerto de Mahón, abrigado en su angosta entrada por el castillo San Felipe, asentarían sus reales las tropas embarcadas en las costas andaluzas. En el decreto real antedicho se le investía a don Antonio con el cargo y título de Capitán General Gobernador de la isla de Menorca

(8) "No son muy buenas las nuevas últimas que he tenido de las islas por la frontera, pues dicen que se ha perdido toda la de Santa Margarita y que de la de San Honorato se detenía por el rey" (cayó también en poder del enemigo). "Yo he estado estos días, —escribe el señor Cardona a Oquendo—, muy apretado de la gota y con aver sangrado abundantemente; se a enflaquecido el dolor, pero devilitado el sujeto, Levántome y esforzaré la mejoría con tener en que servir a V. S. [don A. de Oquendo] como merece tan gran caballero y soldado que Dios guarde a V. S. muchos años. Barcelona, 24 de Mayo de 1637". *Cartas de algunos PP. de la Compañía de Jesús, Memorial Histórico Español* (Madrid, 1862), XV, 403.

con toda la preeminencia y honores por el tiempo que durara la estancia en la isla (9). Don Antonio de Oquendo empleó los últimos meses de 1.636 en alistar en la baja Andalucía la nueva recluta de marinos —labradores en su mayoría— asignados a su Armada. Con 17 galeones se dirigió a Mallorca y dejó en ésta isla parte de las tropas. El 15 de marzo recaló en Alcudia, desembarcando algunas de ellas. El 16 el Virrey, don Alonso de Cardona, asistía al alojamiento de las mismas. El 22 entraron cuatro compañías con sus banderas y armas a tambor batiente en Palma, depositando el armamento en la sala de gobernación. Siguieron desembarcando en sucesivos días hasta trece compañías, sin contar las alojadas en el interior de las islas, cuya revista se pasó en el real castillo. Así las cosas, los naturales se obligaron a contribuir con cama, sal, agua, fuego y luz. Oquendo, cumplida esta primera parte de sus servicios, embarcó con las tropas veteranas del general Roque Centeno en once galeones rumbo a Mahón, a donde llegó el 29 de marzo. Grandes fueron las dificultades habidas en esta isla para el alojamiento de los soldados, a causa de la pobreza y escasez existente (10). A pesar de ello contando con la buena voluntad de los naturales de la Universidad, consiguió distribuirlos en la forma siguiente: 400 soldados en Ciudadela, 200 en Alayor, 60 en Ferrerías y los 140 restantes, además del Estado Mayor, en Mahón. Oquendo fijó su residencia en la casa de don Jaime Vives, recompensado más tarde con el título de Caballero.

Revisados los documentos dados a luz por los investigadores señores Parpal y Hernández Sanz, salta a la vista el papel trascendental para el porvenir militar de la isla de las gestiones y mando de don Antonio de Oquendo.

El día 1 de abril en la Iglesia mayor de Ciudadela prestó Oquendo juramento y homenaje en manos de don Gregorio Villalonga, Caballero del hábito de Calatrava, regente de gobernación y Capitán General de Menorca. El día 5 después de una deliberación en la sala de la Universidad determinaron prestar como homenaje al rango y jerarquía de Oquendo las salvas acostumbradas.

(9) El paso de Oquendo por Mallorca y Menorca ha sido documentado y estudiado por los trabajos de Parpal y Hernández Sanz, que resumidamente seguimos a continuación. El primero de C. PARPAL, **El Almirante D. Antonio de Oquendo en Menorca**, Boletín de la Real Academia de la Historia 33 (1898) 477-90, utiliza documentos del Archivo Municipal de Mahón y del Histórico de Mallorca; el segundo editó numerosos documentos extraídos de los archivos de Mahón y Alayor y tuvo la gentileza de ofrecer copia de tales documentos a la Diputación de Guipúzcoa. Su trabajo, **Documentos relativos a la estancia del Almirante Oquendo en la isla de Menorca**, cfr. Bibliografía.

(10) Hubo alguna resistencia por parte de algunos eclesiásticos y caballeros de San Juan como también de miembros del Santo Oficio: remitieron una queja al Rey alegando su inmunidad de aquellos servicios.

FELIZ GOBIERNO DE LA ISLA

Con prudencia singular e interés destacable gobernó y favoreció los intereses de los naturales, dejando un gratísimo recuerdo. Uno de los primeros pasos del Almirante general donostiarra fue al aprovisionamiento de las tropas: conseguidos algunos donativos en especie de algunos particulares, como aquél de 300 fanegas castellanas de trigo regaladas por los señores Juan y Lorenzo Gart, y parte de prestaciones aportadas a cambio de pago en trigo de tan buena calidad que el prestado sobre la fianza y crédito de don Antonio. En un memorial elevado al rey el 16 de abril de 1637 daba cuenta de las buenas relaciones existentes entre la gente y tropas, de las aportaciones voluntarias, etc., y elogiaba prudentemente la actitud de los moradores. El 27 del mismo se publica en Ciudadela un edicto, poniendo en conocimiento del público ciertas medidas de orden real contra los que usaran armas ofensivas. El incumplimiento de una orden dada a la población de Mahón el día 20 de abril de 1637 referente a la menudencia de la aportación de la leña signada al cuerpo de guardia, motivó una queja elevada al consejo de Mahón y las consiguientes conminaciones. Los infractores fueron multados con penas de 10 libras. Pero no tardaron en volver las aguas a su cauce así en ésta como en otras cuestiones.

ACLARACIONES

Los celosos y puntillosos mallorquines llevaron muy a mal una orden dada por Oquendo, de elemental prudencia, respecto a los cuerpos de guardia armada distribuidos en algunos puntos de la ciudad y villas donde acampaban las tropas. Les pareció tal prevención impropia de la confianza y fidelidad acreditadas de antaño; y en opinión suya, muy de sabor de pueblo conquistado. Con tal fin elevaron una queja al rey, suplicando vivamente, se suprimiera tal precaución, y ofreciendo en caso necesario sus personas para tal menester. No bastaron las explicaciones del Virrey relativas al servicio y entrenamiento de los reclutas ignorantes de las leyes y ordenanzas militares. Por lo cual el Virrey hubo de dar cuenta al monarca de las quejas y acuerdos del Jurado y Consejo. No tardó en llegar la contestación real en carta fechada el 10 de Mayo de 1637. En ésta después de elogiar los servicios y vasallaje leal de los mallorquines, se permitió darles una lección, confirmando las órdenes del gobernador Oquendo y del Virrey Cardona.

Don Antonio de Oquendo, buen militar y táctico, atento a la defensa de aquellas vitales líneas de comunicación de la isla, comenzó por inspeccionar las fortificaciones existentes y estudiar en el terreno los sitios más adecuados para las mismas. La fortaleza del castillo San

Felipe, desabastecida de municiones, y el puerto de Fornells, sin una defensa que pudiera contener al enemigo, constituyeron el más interesante objetivo de las gestiones de Oquendo. Rápidamente envió un memorial con un informe técnico (11) sobre la necesidad de construir un moderno fuerte en sitio por él elegido, para lo cual solicitaba la ayuda de 304.000 libras anuales para gasto de obreros, y además licencia para emplazar algunas piezas de hierro para la defensa, mientras se proveyese de las de bronce que debieran traer de Cádiz. Entretanto animaba al Consejo a comenzar obras de tanta importancia para la seguridad de la isla. En verdad las autoridades locales aceptaron con calor las insinuaciones del gobernador. De suerte que el 24 de junio se le presentaron dos jurados de Mahón a saludarle y representar ante el Consejo General la oportunidad de acelerar tales gestiones de Oquendo ante el rey.

Merece recordarse un detalle fehaciente de la simpatía con que se aprobaba la rectitud del gobierno de don Antonio de Oquendo. Hallábanse reunidos los representantes de Ciudadela en el Consejo General. No dejaron pasar la ocasión sin estampar un juicio sobre la actuación de Oquendo en una frase bien expresiva y sencilla: "se veu qui está apasionat per las cosas d'esta illa y a su deffensa". A continuación se adoptó unánimemente el acuerdo de enviar un embajador extraordinario a la Corte para que apoyara el informe técnico del Gobernador sobre las fortificaciones y defensas necesarias en la isla. En este sentido se trataba de recabar la licencia para guarnecer los fuertes con 38 piezas de artillería pesada traídas por Oquendo desde Nápoles e innecesarias en la Armada.

CESA EN LA GOBERNACION DE LA ISLA

Mas antes de que se recibiera contestación del rey a las peticiones de los comisionados isleños, llególe a Oquendo la orden de reintegrarse a la base de Cádiz. Así, pues, el 15 de julio de 1637 abandonaba las aguas de las Baleares. ¿Cuáles eran los motivos de tal medida?

Variaba el sino de la guerra con indecisa suerte. Los franceses ganaban plazas y posiciones en los campos de batalla de Flandes, Luxemburgo, Alsacia y Franco Condado. El ejército español de Languedoc, mandado por el Duque de Cardona y el Conde Carbellón, es derrotado y obligado a levantar el sitio de Leucate, frontera de Francia, al recibir

(11) Aprovechando la muralla vieja, tiró una carlina nueva y levantó otra muralla con cuatro baluartes terraplenados bien adaptados para la defensa. Faltaban por construirse otros tres baluartes y el fuerte de Ciudadela se hallaba desguarnecido de artillería. Particular interés demostró Oquendo por el nuevo fuerte de Fornells, capaz de defender un puerto con gran cabida para navíos y galeras, como lo demuestra en carta del 22 de mayo.

los sitiados el oportuno auxilio, por medio de lanchas en la laguna, del jefe de la marina francesa, Arzobispo de Burdeos. Para remediar el desastre, del que se tuvo noticia el 3 de octubre por la relación enviada por el Conde de Santa Coloma, se previno una leva de marinos mallorquines embarcados en algunas galeras enviadas por el Marqués de Villafranca, don García de Toledo, Teniente general de la Armada. Mientras tanto, Oquendo vigilaba desde Rosas con 19 galeones los movimientos de la Armada francesa. Urgía la defensa de Cataluña de los posibles ataques de los franceses. Oquendo durante su estancia en aguas catalanas fue huésped de honor del Marqués de Tarazona (12). El Almirante Pimienta transporta las tropas a Barcelona y regresa a Mahón. En ausencia del Gobernador Oquendo, el Virrey Cardona quedó encargado del gobierno de la isla de Menorca, siendo tal sustitución motivo de disgustos de parte del Almirante Pimienta.

Don Melchor de Borja y don Antonio de Oquendo emplearon sus barcos en el transporte de tropas desde Nápoles al Finat y a Lioras, amenazados por los franceses. No daban respiro éstos a las tropas españolas, traídas en jaque en tantos y tan distintos frentes.

NUEVA INVERNADA EN 1638 EN LAS BALEARES.—INTERES POR LAS FORTIFICACIONES DE FORNELLS

El 7 de Enero el Consejo de Mallorca y Menorca recibió una carta con el anuncio de una nueva internada de las tropas enviadas desde Nápoles por el conde de Monterrey, esperando de ellos una acogida cordial. Con atención especial inspeccionó don A. de Oquendo las obras realizadas en las proyectadas fortificaciones, ante lo cual se vio en la necesidad de dirigir al rey un informe, dando cuenta del estado de las mismas. "El año pasado —escribe Oquendo— representé a S. M. que su mejor defensa estaba en fortificar el puerto de Fornells, teniendo como tenía órdenes para edificar en su entrada una fortaleza, empecé a abrir los cimientos —pero tuve que ausentarme, y durante ella cesaron los trabajos— por lo que siendo ahora el peligro más cierto y estando yo de nuevo en ella he mandado continuarlo en fe de que S. Md. mandará, se prosiga". A renglón seguido da noticias del embarco en Nápoles en sus naves de las 38 piezas de artillería y solicita una orden por la que se requiera la ayuda forzosa a los vecinos como obreros.

Gran trabajo costó alojar a los 3.500 soldados, consiguiéndose al

(12) *Cartas de algunos PP. de la Compañía de Jesús... Memorial Histórico Español* (Madrid, 1862) XIV, 238.

fin, remedio adecuado (13). Según una información "los veteranos soldados llegados de Italia dejaron fama, pues comían carne en cuaresma y blasfemaban en todos los idiomas y en toda ocasión". Sin embargo el celo y discreción y su energía conseguían dominar favorablemente los espinosos problemas anejos al mando de aquellas tropas. A sus instancias facilitaron dos camas para soldados enfermos en el hospital de Alayor y se emprendieron con gran calor las obras de fortificación, tomando parte el mismo Oquendo en ellas. En carta de 14 de Abril aprobaba el rey totalmente la sugerencia de Oquendo, recordándole el envío de fondos pecuniarios para el pago de gastos y apuntando su autorización respecto de la artillería traída de Nápoles.

DIPLOMATICA GESTION EN UN CURIOSO PLEITO ENTRE EL OBISPO DE MALLORCA Y LOS SINDICOS DE CIUDADELA

A fines de Abril hubo de solucionar un pleito que requirió toda su diplomacia, entre los síndicos de Ciudadela y el convento de religiosas de la Inmaculada Concepción. Las monjas habían propuesto al señor obispo de Mallorca fray Juan de Santander y al Gobernador y lugarteniente real don Antonio de Oquendo prestaran su atención a la necesidad en que se hallaban de comprar las casas de Juan Pons de Binimayno y de Pedro Geroni Carreras. Convenía tal compra para la clausura total del dicho monasterio. A esta sugestión de las monjas, los síndicos, considerándose patronos natos del convento se opusieron en una reunión habida después de una propuesta del señor obispo. Se tomó el acuerdo de que compraran las monjas las dichas casas con las 100... (libras) que se les adeudaba por el Consejo. La cantidad antedicha representaba el auxilio pecuniario prometido al monasterio. A todo esto la madre priora sor Anna Creus por medio del escribano Tomás Abadía envió el 4 de Mayo de 1638 una petición en que daba cuenta de la obligación —impuesta por el señor obispo— que les incumbía como a fundadores, de comprar esas casas. Idéntica contrapropuesta llegó a manos de Oquendo. Este con gran discreción determinó que se ajustaran a lo ordenado por el señor obispo en la visita anterior, confirmando su decisión, sobre las penas sancionadas por el prelado, con otras penas pecuniarias, si a ello se daba lugar. Reunidos los síndicos en consejo para discutir la solución propuesta por el Gobernador respecto a la petición de las religiosas, se tomaron los tres

(13) Los posaderos se comprometieron a guisar las raciones de los soldados. El menú consistía en dos libras de pan, cuatro onzas de vino y media de atún, bacalao u otro pescado salado. En defecto de esto, onza y media de arroz, una onza de aceite. Informe del Consejo de Aragón, 1 de octubre de 1638.

días de plazo señalados para presentar sus derechos y apelaciones. Presionados, sin duda, por la orden conminatoria, adoptaron unánime acuerdo conforme a los deseos de Oquendo. No obstante enviaron a Ciudadela una persona a demandar justicia ante el señor obispo. Así las cosas, reunióse nuevo consejo el día 10 de Mayo de 1638. Una vez conocido el resultado de la entrevista con el señor obispo, dióse lectura a las conminaciones de la Madre Priora y Oquendo. En la de la religiosa se hacía constar que pasados los tres días emplazados y no habiéndose presentado durante ellos alegato alguno en contrario, urgía se pusieran en vigor las órdenes del Prelado. Para cuya ejecución se invocaba la autoridad del gobernador. A continuación se dió lectura por el escribano Abadía a la orden ejecutoria dada por la máxima autoridad. En virtud de ella quedaba el consejo obligado a la discutida compra, so pena de prisión y multa de 25 (libras) pagaderos con sus bienes propios, de los que la mitad ingresarían en el fisco real y la otra mitad se dedicaría a obras pías. Ante esta intimación firme y directa de don Antonio de Oquendo el asunto tuvo el desenlace más curioso que se puede imaginar. El consejo de la ciudad, para no verse obligado a tal transacción, determinó renunciar al patronato sobre el citado convento.

PERENNIDAD DEL NOMBRE DE OQUENDO

El 24 de Junio dispuso el envío a Barcelona de Martín de Garondo como almirante de la escuadra de urcas. Oquendo antes de partir el 21 de Julio de 1638 del puerto de Mahón con sus 32 galeones, quiso dejar patentes testimonios de su sincero interés por Menorca. Convocado el Consejo General, se despidió de él con toda afabilidad, no sin pronunciar ante ellos la promesa formal de que influiría en el ánimo de S. M. con el fin de recabar fondos monetarios para el feliz remate de los fuertes ya en construcción y muy adelantados. Con un abrazo efusivo al señor Vives cuyo huésped de honor fue durante las dos estancias en la casa número 6 de la Plaza Vieja, y con la resignación definitiva del poder el día 22 en Ciudadela en manos del nuevo gobernador don Martín Carlos de Meneses, da el último adiós a las Baleares.

No quedó en el vacío la promesa de Oquendo. Efectivamente al poco tiempo, llegaba a Mahón un despacho real, adjuntando una carta de Oquendo, anunciando su complacencia por las obras y su deseo de ver realizadas tan importantes defensas en el fuerte de Fornells. A tan singulares demostraciones de cariño del gran almirante general Oquendo por Menorca, la Universidad agradecidísima quiso corresponder, además de la prestación personal y otros auxilios, con una contribución graciosa de 10.000 reales para la fábrica de Fornells. A tan singulares demostraciones de cariño del gran almirante general Oquendo por Me-

norca, la Universidad agradecidísima quiso corresponder, además de la prestación personal y otros auxilios, con una contribución graciosa de 10.000 reales para la fábrica de Fornells. El nombre de don Antonio de Oquendo perdura aún con afecto entre los nobles y beneméritos protectores del bienestar de Menorca. Merece gratitud por el amor, rectitud y prudencia con que coronó su breve gobernación en la isla, florón apreciado de la Corona.

SITIO DE FUENTERRABIA. OQUENDO LEJOS

El ejército francés de Luxemburgo se pone en movimiento, sitiando a Saint Omer, donde los españoles al mando del príncipe Tomás de Saboya y del conde Piccolomini logran meter socorros. Líbranse duras batallas y obligan a levantar el sitio en el mes de Mayo. En Picardía las franceses solamente pueden apuntarse al fácil éxito de la toma de la guarnición de Vatelet, sin que se atreviesen a atacar al Cardenal Infante, vencedor total del príncipe de Orange. La suerte sigue varia en el Franco Condado. Sin embargo, la victoria sonríe repetidamente en Italia al marqués de Leganés, victorioso en Brema y Vercelli, llave del camino de Saboya al Milanesado. El cardenal francés La Valette no pudo impedir ese éxito del español.

Richelieu, ambicioso como nunca, concibe la invasión del mismo territorio español. Lanza tres cuerpos de ejército al mando del príncipe de Condé contra las fronteras de Navarra. El Uno en Bayona, y los otros dos juntos en San Juan de Pié de Puerto. Atraviesan el Bidasoa y toman Irún. Ante ésta avalancha huyen 2.000 españoles; Pasajes cede y consiguen los franceses plantar sus reales ante el histórico castillo de Carlos V en Fuenterrabía. Como se vé, el panorama es sombrío. La armada francesa traslada sus fuerzas desde el mediterráneo al Cantábrico donde dispersó en agosto a una escuadra española compuesta de 14 galeones y 4 bajeles, impidiendo así el refuerzo, por mar a las tropas sitiadas. Increíbles, aunque vanos esfuerzos realizó el donostiarra don Alonso de Idiáquez con sus zafras, con intención de romper el bloqueo impuesto por la imponente malla naval contraria. Nunca derrochó Francia mayor despliegue de fuerzas navales en un objetivo: 64 barcos, de ellos 44 gruesos de guerra, dos pataches, cuatro urcas, 12 transportes y además 12 navíos de fuego. Entre todos descollaban "La Couronne", de 2.000 toneladas, y "Le vaisseau du Roy", de 1.000 toneladas. A juicio de Oquendo nunca se habían visto superiores a esos navíos de línea en que sobresalían los castillos, costados y arboladuras sobre las ordinarias (1).

Contra ésta Armada dispuso el Consejo de Guerra la urgente salida de la Escuadra de Coruña mandada por Lope de Hoces. Este expuso en una relación el deficiente estado de su Armada, compuesta

(1) C. FERNANDEZ DURO, *La Armada española*, IV, 173.

de sólo 12 navíos, escasos de tropa y municiones. Se negaba a ir a una derrota segura; por lo que juzgaba más conveniente emprender una acción vigorosa conjuntamente con la Armada preparada en Lisboa, contra el dominio de los holandeses en el recién conquistado Brasil. En la junta habida por los Consejos de Estado y Guerra se deliberó ampliamente sobre las medidas a adoptar con el fin de conjurar acontecimientos tan comprometedores para la integridad nacional. Se estudió la conveniencia de convocar urgentemente la escuadra de Oquendo surta en Baleares. Pero juzgándose inevitable el retraso de los navíos dada su obligada navegación por todo el mediterráneo y costas atlánticas de España hasta Pasajes, pareció bien y así se acordó, saliera Hocos de Coruña. Había de llevar a bordo, al tercio de irlandeses traídos de Flandes sin dilación para aliviar la apurada situación de los sitiados.

Conviene recordar, por lo oportuna, la intervención del Conde Duque en el Consejo: en su opinión, se aliviará la situación si, "llegando a tiempo" y no se descuidando Oquendo, tan "esforzado de suyo y hombre ansioso de gloria, y más viniendo esperanzado del vencimiento, teniendo que coger de camino así la escuadra de Hocos como la de Feijóo, porque con las 25 que él mandaba, se venía a componer una armada de 50 navíos, igual que la francesa en el número, pero pujante en fuerzas y en la práctica de la tripulación" (2). Hasta aquí las palabras textuales del (conde) duque. Se imaginaba el buen Olivares, que en 15 días podría remontar la travesía y ruta impuestas y así lograría al frente de todas las naves españolas contra la Armada invasora. Las esperanzas de España se cifraban una vez más en Oquendo y respiraba tranquila al saber que este valiente almirante, comandaba las naves defensoras de sus intereses nacionales en los mares europeos. "Espérase agora al señor don Antonio de Oquendo que, habiendo juntado su Armada con la que está en Coruña, hace una visita al arzobispo de Burdeos, que está entreteniéndolo con las naranjas. (*sic*) en las de Colindres, y esperamos que por postre le dé a comer las agrias" (3).

Se vislumbraba un gran combate entre las dos Armadas, supuesto que el engallado francés había lanzado un reto a varias personalidades marinas españolas. No llegó empero, a celebrarse, no por falta de Oquendo, sino por el prudente miedo de que hizo gala el nada glorioso amigo de Richelieu, arzobispo bordelés, Sourdis. Para cuando Oquendo consiguió remontar el Finisterre, tras unos días de fastidiosa calma por la inoportunidad de los vientos, el retador y pretencioso Arzobispo había ya escurrido el bulto sin querer saber nada del almirante donostiarra.

(2) J. MORET, *Anales del Reino de Navarra* (Tolosa, 1892) XII 27.

(3) CVP, doc. 265.

COLABORACION DE OQUENDO A LA VICTORIA DE FUENTERRABIA

En el acontecimiento más importante del año 1.638 que se circunscribe a la defensa de Fuenterrabía del asedio francés, Oquendo no pudo participar muy a su pesar, personalmente (4). No obstante, según las cartas de los Jesuítas, contribuyó con el envío de 900 soldados napolitanos que, agregados en los Alfaques a las tropas de la coronelía del Conde duque y otros refuerzos introducidos por Pasajes en algunos bajeles de guerra, sumaron 14.000 infantes y 500 caballos. De suerte que, antes que tuviera lugar el inminente asalto general proyectada por el príncipe de Condé, el marqués de Mortara con más de 6.000 españoles y en vanguardia la antedicha coronelía, llegó a desencadenar la ofensiva final, arremetiendo en el alto del Jaizquibel con plena felicidad y éxito.

Rotas las defensas de Guadalupe, invadieron el campo francés y se consiguieron además de la liberación del castillo defendido heroicamente por las tropas voluntarias guipuzcoanas de don Diego de Butrón, un gran botín y triunfo el 7 de Septiembre de 1.638. El ardor de la fé y la visible protección de Aránzazu brilló con broche de oro en la historia guipuzcoana (5). Esta victoria de Fuenterrabía marca el cénit de gloria de la fama de Olivares cuyo detalle más significativo lo revela el retrato de Velázquez. Los reflejos de este interesante capítulo se traslucen en un intercambio de comunicaciones ditirámbicas entre la Diputación de Guipúzcoa y Oquendo:

"Quando S. M. (que Dios guarde), —escribe el marino donostiarra—, fue servido mandarme que embiase al socorro de V. S. las tropas viejas de la Armada de mi cargo, le supliqué, me permitiese acompañarlas para asistir a su desempeño; aunque no me concedió, dispuse su remisión con brevedad tal que importó, según me dicen a lograr el buen suceso de él. Doy a V. S. multiplicados parabienes gustosísimo de ver a V. S. libre del cuidado y con su antiguo lustre y mayor reutación.

Guarde Dios a V. S. como deseo.

Cádiz 25 de Septiembre de 1.638.

A la M. N. y M. E. Provincia de Guipúzcoa" (6).

(4) B. SANCHEZ ALONSO, *Fuentes de la historia española e hispano-americana* (Madrid 1927), I, 538-9, presenta numerosas relaciones coetáneas del asedio, como las de San Raimundo, Ormaechea, Paláfox, Moret, y estudios modernos sobre el tema debidos a H. García Samaniego, Legrand, O'Reilly, Duceré, etc.

(5) Cfr. la obra "Empeños del valor y bizarros desempeños, o Sitio de Fuenterrabía" de J. MORET en sus *Anales del Reino de Navarra*, XII, 107-122.

(6) CVP, doc. 268.

Los interesantes datos, entreverados por Oquendo, manifiestan la importancia del interés y apoyo prestado en el auxilio de la plaza fuerte fronteriza guipuzcoana. Testimonio fehaciente del agradecimiento y corroboración de la íntima compenetración existente entre Guipúzcoa y D. Antonio nos ofrecen las siguientes líneas:

"El afecto con que acompañó V. S. los deseos de su verdadera voluntad para adelantar el breve despacho de las tropas viejas de esa armada que S. M. (Dios le guarde) fue servido de mandar a V. S., enviase al socorro de mis trabajos en parte para lo que en ellos ha querido favorecerme el cielo, todo lo que V. S. tiene entendido y yo siempre de las veras con que V. S. sabe amparar mis causas. Las mercedes que en todas ocasiones estoy recibiendo de V. S., y del logro que en ésta me ha sido la ayuda de V. S. para todo, y del buen suceso que tan en beneficio mío han tenido demás de S. Md. en esta facción, comunico a V. S. mis gustosas enhorabuenas con toda la estimación que debo de lo que las acompaña V. S. en los parabienes de su carta del 25 del pasado con tan buenas nuevas de su salud. Consérvela Dios a V. S. con larga vida y los mayores acrecentamientos que V. S. merece y yo intereso.

De mi Diputación de San Sebastián. 18 de Octubre (7).

El guipuzcoanismo de Oquendo no le traicionaba y por ello vibraba en él, al unísono de las tristezas y alegrías de la patria que él tanto amaba y amó hasta el fin. Cerrado con broche de oro este capítulo, nuevas inquietudes aguardaban a aquél espíritu dinámico hecho para el trabajo y el peligro constante en aras del ideal. Inquietaba en la Corte la falta de noticias de las flotas del tesoro de Indias. ¿Habrían caído en poder del enemigo? Ante tal incertidumbre llegó a Oquendo, la orden de disponer la marcha rápida con sus naves a un crucero hacia las islas Terceras. Navegaba un buen día por las rutas atlánticas en busca del enemigo aquél cazador de corsarios.

INCISO SOBRE EL LINAJE LAZCANO

La poderosa familia Lazcano, de los Parientes Mayores, forma y constituye uno de los polos de influencia más destacada y de relieve en la historia de la Edad Media guipuzcoana. A esta familia vienen a ilustrar con gloria inmortal los santos Ignacio de Loyola y San Francisco de Xabier (8). Correspondíale el patronazgo de ocho iglesias parroquiales: Lazcano, Zumárraga, Atautín, Idiazábal, Mutilloa, Legazpia,

(7) Ib.

(8) S. Ignacio, segundo nieto agnado de D. Lope García de Lazcano, por cuya boda con Dña. Sancha Yáñez, señora de Loyola, tomaron los hijos este apellido en vez del paterno. A la rama de los Xabier pertenece por matrimonio de D. Joaquín de Arteaga Lazcano, XIX señor y IV marqués de Valmediano, con Dña. Micaela de Idiáquez, hija de la IV condesa de Xabier y del XI Duque de Granada de Ega, señor de Loyola. Tal parentesco figura en las lápidas sepulcrales del actual Palacio de Lazcano. Cfr. LIZASO, *Nobiliario de Guipúzcoa* (San Sebastián, 1901) I, 58.

Olavarriá, y Zaldiviá en Guipúzcoa; y en Alava, poseían además: el señorío de las villas de Contrasta (6) cercadas con sus dos aldeas Ulibarri y Alda en el valle de Arana, y de la Corres, defendida por su castillo fuerte en Araya. Desde antaño sostenían los señores de Lazcano un viejo pleito en la Chancillería de Valladolid con la villa de San Vicente de Arana. En 1.505 un fallo real contradijo las pretensiones de los señores, apoyando los derechos de la villa en relación a su libertad, declarándola libre y realenga. Nueva y similar sentencia en 1.638 vino a confirmar la anterior (9).

PALACIO NUEVO

Las riquezas del peculio familiar acrecentadas por el señorío recién poseído y las importantes aportaciones del galardonado caballero Oquendo, obtienen en manos de la altiva y egregia señora de Lazcano este año de 1.638 un hermoso empleo con la proyección monumental de un bellísimo y sólido, palacio. Tan rico y bien cuadrado lo soñó la señora de Lazcano que, en una inscripción impuesta por su voluntad en el frontispicio de entrada al salón grande del palacio, mandó grabar estas sugerentes palabras: "1.638. Han pasado al palacio nuevo que he hecho —que de Burgós a la mar— no hay edificio solar suntuoso y como tal me ha costado".

El cuadro del palacio asentado sobre el solar de los antepasados muestra con la sólida construcción de piedra sillar magníficamente labrada, la típica arquitectura vasca que campea en el suelo guipuzcoano. La imponente masa, el estado de conservación excelente, los dos típicos torreones, la espléndida situación panorámica, el riquísimo museo de cuadros, tapices, objetos de arte, recuerdos históricos de familia, en especial de Don Antonio, le hace, a mi juicio, el palacio más suntuoso y admirable de Guipúzcoa: una verdadera joya arquitectónica. Comenzóse en 1.638 el primero de aquél tríptico de magníficas construcciones que con largueza característica del boato y altos pensamientos de la señora de Lazcano donó al servicio de la religión: el palacio, convento de Carmelitas (Hoy de Benedictinos) y convento de R. R. M. M. Bernardas.

El palacio de Lazcano, cuyo coste se elevó a 28.000 ducados conserva aún hoy en piedra la elegía de los propósitos y sugerencias en la construcción en una inscripción esculpida en su frontispicio: "Es mayor pena ver que lo hago para hijos ajenos pues Dios a los míos llevó, sería lo que más a ellos y a mi convenía". Convertido hoy en monumental relicario de emocional evocación a la gloria de don An-

(9): Real Academia de la Historia, *Diccionario geográfico-histórico de España*, I. Navarra, Señorío de Vizcaya, Provincias de Alava y Guipúzcoa (Madrid, 1802) II, 354.

tonio, guarda el empaque de grandeza y distinción alimentados en la actualidad por el genio y cariño de un sucesor ilustre.

SEÑORIO DE LAS VILLAS DE ALBURQUERQUE Y ADANERO

El patrimonio de los Lazcano contaba, además de otros muchos bienes: un censo de 20.000 ducados sobre la villa de Alburquerque (villa de 12.000 habitantes en la provincia de Badajoz). Don Antonio de Oquendo poseía el señorío de la villa de Adanero de 1.130 habitantes, en la provincia de Avila. En un viaje realizado a ésta por Don Antonio Felipe, hijo del Almirante general donostiarra, nos recuerda como pasó en ella cuatro días. Destaca lo pintoresco del lugar, la gratitud de los vecinos hacia don Antonio, por las mercedes y mejoras hechas, "con que ha ido reforzándose y hoy están muy bien puestos y el lugar augmentado" (10).

A la muerte de sus dos hijos, a pesar de la cláusula testamentaria en que se vinculó el mayorazgo de esta villa de Adanero con todas las rentas en ella existentes, la señora de Lazcano determinó, —y lo realizó— vender el señorío al señor don Antonio Núñez del Prado, abogado de la Chancillería de Valladolid (11). En la historia del nuevo palacio se refleja la tragedia del corazón de la noble dama, viuda y huérfana de sus hijos, educando al hijo que no era la ilusión de sus ojos ni la caricia de su vida.

RETRATO DE SUS HIJOS

Hemos tenido la fortuna de contemplar y estudiar dos pinturas retratos de estas dos encantadoras criaturas; se conservan actualmente en el convento de las Bernardas de Lazcano. La niña, María Teresa, de unos cinco años de edad, con un faldón rojo de ballena y punteados blancos, representa una fresquísima menina, de mejillas sonrosadas como encendidas pomas, ojos negros, cejas pobladas, nariz puntiaguda, labios plegados muy rosados. De sus orejas cuelgan amplios pendientes de subido valor. Pelo negro recogido con dos cintas rojas. En sus dedos brillan dos grandes sortijas y en sus muñecas dos pulseiras de ancha base. En la pechera muestra una curiosa mariposa. Rodea el cuello un valiosísimo collar de enormes perlas. Cruza su cintura, amplia cadena de tres vueltas, a cuya derecha pende un guante, viéndose el otro en el suelo; cuelga de la misma cadena un crucifijo algo grande. En un fondo negro se notan las mangas largas abombadas en el centro, y rodeando un pequeño escote ovalado, un collar de pedrería finamente labrada. La mano derecha acaricia a un perrito negro sentado en una mesa con dos lazos rojos al cuello.

(10) Carta de D. Antonio Felipe a su padre, el 30 de marzo de 1839. ASM, *Genealogía y nobleza*, doc. 462.

(11) Ib. doc. 53.

El otro cuadro, cuyas figuras centrales son el hijo Antonio Felipe y la señora doña María de Lazcano, vestida de hábito blanco monjil de las Bernardas, con toca negra sobre un cabezal blanco estrechamente ajustado a la cabeza y cuello, en actitud de figuras orantes. Unos ojos grises amplios, abiertos en actitud de ensueño, rasgos faciales de señora enérgica y de mando, angulo de la nariz y cejas muy acusadas, respira dominio, genio y arranque varonil. A su lado un niño algo crecido —su hijo Antonio Felipe— con cabellera rubia a flequillo, un mechón central y dos entrantes a los lados; ojos negros, cejas amplias y nariz alargada, labios plegados; un adolescente de 10 a 13 años. Su vestido de casaca ancha con puños del mismo color y encaje bordado, cae a los bordes de los hombros una banda roja de la orden de Santiago. En un óvalo superior, cual visión sublime, domina el retrato la imagen clásica de la Inmaculada Concepción con halo de gloria celestíal.

MATRIMONIO DE DOÑA TERESA

Al nacimiento de la primogénita de la familia Oquendo-Lazcano presidió dió la protección de la insigne santa abulense. Educada en el santo temor de Dios y en la práctica de todas las virtudes, descollaba por la sencillez y despego de las cosas materiales. Su singular atracción al retiro y a las cosas santas, predecía la futura vocación de la niña al claustro del Carmelo. Frisaba los 19 años. La esbeltez de su cuerpo, el seso y la prudencia, la seriedad de su vida, asegurábanle un buen partido en la sociedad. Sin embargo en el silencio de su alma alimentaba la idea de profesor. La madre, fina escrutadora del misterio psicológico de su hija, opuso sus planes al ideal de perfección suspirado por María Teresa. Dueña de los destinos de la histórica familia de los Lazcanos, veía con temor la posible extinción de la estirpe, sobre todo desde la desaparición de su hermano Felipe, sin descendencia legítima (12). No dudó por tanto en imponer su voluntad en asunto de tanta monta para la felicidad de la hija, sin consultar acaso con ella; aún más, torciendo su promesa de ofrecerla al servicio de la santa religión. Los Lazcano estaban vinculados con la mejor sociedad alavesa desde el tiempo de los abuelos de don Felipe y doña María. Don Felipe de Lazcano Enrique de Arellano había casado con doña María de Arrieta y Escoriaza, hija del licenciado don Pedro López de Arrieta, ministro del Real Consejo de Castilla, desposado con doña María de Escoriaza Esquivel. Linaje esclarecido este de los Arrieta-Escoriaza y Esquivel, de los cuales conocemos —por haber frecuentado sus aulas—

(12) Felipe de Lazcano dejó una hija natural, Magdalena, casada con D. Diego Juan Cambero Samaniego, vecino de Orca (Rioja), quien, al enviudar, abrazó el sacerdocio. Como capellán de Dña. María, gozó de la plena confianza de Oquendo, siendo su albacea y administrador en varios difíciles asuntos. ASM, docs. 42,372-3.

el rico y suntuoso palacio ornado con los escudos familiares Escoriaza-Esquivel. Palacio hoy más conocido como Seminario de Aguirre, y anteriormente sede de la famosa Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País (13).

El padre de doña María de Lazcano, llamado también Felipe, contrajo nupcias con otra prócer dama alavesa, doña Elvira de Sarriá, hermana, según apuntamos ya anteriormente, del autor del "Teatro Cantábrico" don Martín Alonso de Sarriá y Ortiz de Zárate, que ocupó altos cargos como el de diputado general de Alava y alcalde de Vitoria.

PERSONALIDAD DE DON JOSE JACINTO SAMANO

El matrimonio María López de Escoriaza y Esquivel y don Juan Bautista Urbina y Samano que fué diputado general de Alava en 1.624, Marqués de Villavenazar y caballero de Alcántara, tuvo un hijo llamado don José Jacinto de Samano Urbina Escoriaza y Esquivel. Dueño del título de marqués de Villaveñazar, poseyó la casa Escoriaza transferida a una prima suya llamada Jacinta de Isunza y Escoriaza, al heredar de su padre el mayorazgo de Samano, incompatible con el de Escoriaza. Pues bien: la esposa de don Antonio de Oquendo escogió para marido de su amada hija al joven heredero del marquesado de Villavenazar (Urbina) (14). La atribulada madre, heroicamente cincelada por la virtud de la fé, cumplió los deseos de su hija, según se comprueba por la escritura otorgada el 22 de Noviembre de 1.640, a raíz del fallecimiento de ésta (15).

DON ANTONIO FELIPE DE OQUENDO ESTUDIANTE EN LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Vamos a cerrar este capítulo de historia familiar con algunos datos del hijo superviviente don Antonio Felipe. Joven educado en la exquisita escuela doctrinal y ejemplar de su madre y de los religiosos

(13) DIAZ DE MENDIVIL, *Recuerdos del Vitoria de antaño*. BRSVAP-1 (1945) 41-54.

(14) Dña. María Teresa llevó de dote hacienda de 26.000 ducados. Según Díaz de Mendivil tenía 14 años. ¿Será errata, por 24? También existe alguna confusión sobre su título nobiliario: unos le atribuyen el marquesado de Villavenazar; la historiadora de la Casa del Infantado, el de Oria, II, 317; fray MANUEL DE SAN JERONIMO, *Reforma de los Descalzos de N. Sra. del Carmen de la primitiva observancia hecha por Sta. Teresa* (Madrid, 1706, t. V, el de marqués de Urbina).

(15) En el libro I de casados y velados de Santa María de Vitoria de 1649, en que se incluye también el de difuntos, en la partida 25, f. 3, leemos: "En 1 de octubre de 1639 se enterró en la Collegial de esta ciudad la marquesa Doña María Teresa de Oquendo, mujer del marqués D. Joseph de Samano. No testó, porque lo dejó todo a la disposición de su madre, Dña. María de Lazcano".

de San Telmo y sacerdotes de San Sebastián, dotado de bellas prendas, crecía y era la esperanza de su padre, el almirante D. Antonio de Oquendo. Este, ya que no con su presencia, íbale adoctrinando por medio de epístolas de sabios consejos, tan interesantes, a veces, como los que trascienden en su testamento acerca de la elección de estado. El Almirante veía por los ojos de su hijo al que quería ver instruído con una carrera cursada en la Universidad de Salamanca. A tal fin dirigió a su hijo a este famoso centro, emporio del saber y letras. En el libro de los "Registros de exámenes de los estudiantes que pasan a oír ciencia", del Archivo de la Universidad de Salamanca, encontramos la partida de inscripción como alumno": Don Antonio de Oquendo Lazcano, natural de San Sebastián, del hábito de Santiago, de 17 años, hijo de don Antonio de Oquendo, General de la Armada Real, a Cánones, en dos de Abril de 1.639. Testigos, conocido (16).

CARTA SIMPATICA

Conservase de don Antonio Felipe, una carta escrita en Salamanca el 30 de Marzo y dirigida a su padre. Cariñosamente, se alegra de las buenas noticias de salud que su padre le comunica, anunciándole a su vez la pena con que se despidió de su madre y hermana. Refiere las incidencias ocurridas en el camino a caballo y bien acompañado de personas nobles parientes las más de ellas. Antes de llegar a Segura, le salió a recibir a caballo y le acompañó hasta una legua más allá del pueblo, Don Diego de Sarmiento Isasi. En Vitoria no quiso entrar por abreviar el viaje y huir de los agasajos presumibles del señor Marqués de Villavenazar, futuro esposo de su hermana María Teresa. Al distinguido caballero le acompañaban personajes tan ilustres como los Diputados Generales, D. Pedro de Alava y Esquivel (1631), D. Martín Alonso de Sarriá (en 1.621), famoso autor del "Teatro Cantábrico", y don Agustín José de Során Urbina (en 1.645). Todos estos personajes parientes suyos le hicieron compañía un buen rato y luego se volvieron. En Burgos se detuvo justamente a besar la mano de su tía, emprendiendo, de seguida el camino a Valladolid. Aquí paró sólo dos horas. Tuvo la curiosidad y satisfacción de visitar el señorío de Adanero, en que se recibió el homenaje del sencillo pueblo. Al cabo de cuatro días volvió grupas a Salamanca sufriendo tiempos duros y crudos. El muchacho de 17 años, detallista, pormenoriza cuanto observó de interés, y así expresa sus elogios en cuanto a la bondad de las mulas, en cuanto a las buenas condiciones de la casa donde habitaría junto a las aulas de la Universidad. De la ciudad y sus monumentos manifiesta que no puede describirlos por no haber-

(16) Cfr. A. HUARTE ECHENIQUE, *La nación de Vizcaya en la Universidad de Salamanca durante el siglo XVII* (Salamanca, 1920), p. 22.

los aún visitado. De lo que sí da perfecta idea es del boato y lucimiento de los caballeros estudiantes, hijos de notables y acaudalados personajes, pintándoles como más ávidos de visitas, galanterías y lucimiento personal, que de estudiar. Entre los colegiados universitarios asistían en aquellos tiempos unos diez segundones de la grandeza y más de 14 poseedores de títulos, con sus tres y cuatro caballos algunos de ellos. Expresa sus esperanzas de recibir pronto los vestidos necesarios y se las prometía muy felices con aquella aristocracia estudiantil de la que recibía generosas muestras de cariño. Teniendo presente que el fin principal de su permanencia en aquel famoso centro universitario era el estudio del Derecho confiesa que se esmerará en aplicarse con todo cuidado y disciplina por dar gusto a su padre. La piedad filial llegaba a tanto que no tiene empacho alguno en declarar que "siempre estoy y estaré a lo que V. S. me mandaren aunque sea contra voluntad, porque obedecer es quanto deseo". Retrata en unas pinceladas cortas el estado social de los estudiantes de aquella Universidad y suplica a su querido padre el envío de algún regalo de ciertas prendas de vestir, como talies, guantes, mangas y medias, porque "en estas tierras no hay pícaro que no se vista elegante y no hay hombre de pro que salga a la calle sin adornarse con bordados". Dejaba a discreción de su padre la elección del color de la tela y de los otros menesteres aludidos, cuya remisión podía confiarse a Francisco de Almaraz. Con él estaba, cual consejero leal y capellán, el sacerdote D. Juan Cambero. Finaliza su hermosa epístola con estas emotivas palabras: "Humilde hijo de Vuestra Señoría que sus pies besa. Don Antonio Felipe de Oquendo y Lazcano" (17).

(17) ASM, *Genealogía y nobleza*, doc. 462.

APURADA SITUACION EN FLANDES

El predominio político de España, como el de todo su Imperio, descansaba en la Marina. Cobran sabor de leyenda las asombrosas hazañas de un Luis Fajardo, Fadrique de Toledo, Carlos de Ibarra, Pedro de Zubiaur, Vidazábal, Larráspuru, Horna ,etc., por no citar más que a contemporáneos de D. Antonio de Oquendo. Pero lo más admirable, al encuadrar históricamente estas figuras señeras del mar, es la evidente desproporción de fuerzas con que, desde la rota de la "Gran Armada", juegan los azares de empresas difícilísimas, coronadas felizmente, gracias a su valor sin igual.

En el pórtico de la batalla de las Dunas intervienen varios factores, cuya aclaración servirá a la comprensión del magno acontecimiento. El pueblo inglés —neutral por la paz entonces reinante, si bien acosado por la psicosis de la invasión— vivía en realidad preso de un ambiente prevenido y hostil. Allende el Pirineo, Richelieu tejía maquiavélicamente el sueño imperial tan acariciado por Francisco I. Por otra parte el chauvinismo galo, herido con la espina del fracasado asedio de Fuenterrabía, espía, azuzaba y atacaba con su naciente marina las plazas costeras del Cantábrico. Mas, a la verdad, la marina francesa no juega papel importante en el desarrollo final de este drama.

Los documentos cruzados entre el Cardenal Richelieu y el Conde D'Estrades, las notas diplomáticas de E. Soulié y la correspondencia secreta holandesa, nos dan la clave cierta del misterio. El peligro para las armas y porvenir de España se incubaba entre las brumas holandesas. Un joven poderío marítimo, audaz en demasía, dueño de una técnica superior y prolífico en figuras de talla, iba a enfrentarse con el mejor marino español de aquella época.

DIPLOMACIA DE RICHELIEU

Una mano en la sombra movía los hilos mágicos que, a no tardar muchos años, habían de provocar el desmoronamiento de la hegemonía naval de España en Europa: Richelieu.

Contra el purpurado francés el Conde Duque Olivares desarrolla en titánica lucha, aunque con fatal suerte, todas sus habilidades diplomáticas. Desde el primer instante se dió cuenta de la importancia de la red de espionaje urdida por las naciones adversarias. El contraes-

pionaje español, no menos hábil, sorprendía los planes de las "Naciones Unidas" (Holanda, Francia e Inglaterra). Por desgracia el ministro responsable de los destinos de España no alcanzaba la altura y relieve de la importancia del momento. Su megalomanía, inconsciente menospreciadora de la potencia del enemigo, le cegó hasta el punto de obligar a Oquendo a luchar contra una Armada netamente superior en hombres y armas. En cambio, la Cancillería francesa estaba dispuesta a levantar el telón con todas las consecuencias. Para ello adivinaba a distancia todos los pasos y secretos españoles.

Efectivamente, Armando du Plessis comunicaba a su embajador en los Países Bajos las novedades sorprendidas en España: al apresto de una armada de unos 50 navíos, comandada, a su juicio, "por el hombre de mar más capaz de España". A renglón seguido, desembucha noticias sobre la ruta, fuerzas navales, armamentos, etc., con clarividencia desconcertante. Y como al oído de su servidor, le insinúa la necesidad de urgir al Príncipe de Orange la concienzuda preparación de la Armada holandesa garantiza, bajo su palabra, el éxito más completo.

D'Estrades, en contestación a ésta carta del 15 de agosto, le retransmite el 26 las órdenes secretas emanadas del Consejo de Guerra español. Vibra de entusiasmo el confidente al expresar el interés y espíritu con que se labora en Holanda. Estaban a punto dos armadas de combate: la 1.^a, al mando del insigne Almirante Martín Van Tromph, de 50 navíos de línea, más otras 20 de fuego; la 2.^a, cuyo jefe era el vicealmirante Evertz, la formaban 40 de guerra y 10 de fuego.

Ni qué decir tiene que estaban muy al tanto de las hondas necesidades y dificultades de las tropas españolas en Flandes, descontentas por los incumplimientos de las pagas, y hostigadas por el acoso creciente de los rebeldes. De ahí que se presentara a Holanda, una ocasión pintiparada que no se desperdiciaría, aun en el caso de neutralidad de la escuadra inglesa, a fuer de neutral. Nunca, según el informe francés, los Países Bajos tuvieron coyuntura más propicia en la historia para aplastar al odiado invasor.

Las naves francesas empiezan a actuar como francotiradoras en el Cantábrico y Norte de España. Aún más: Coruña fue testigo inermes de la audacia incendiaria del fanfarrón Arzobispo-Almirante bordelés. Donde más destrozos causó a mansalva fue en Laredo, Castro Urdiales y Puerto. En Santoña, antes que cayeran en poder del enemigo, hubieron de ser destrozadas dos naves casi terminadas del famoso D. Nicolás de Júdice. El incendio de la Escuadra de Hocés en Guetaria constituye un baldón, en algo aminorado por la hazaña y valor de Júdice y Montaña.

Europa era furioso campo de Agramante. De Flandes urgían en demanda de socorros humanos y pecuniarios. No podía ser peor ni más trágica la perspectiva internacional para España. La Armada que

se aprestara, debería atender al remedio de tres objetivos: ahuyentar o destruir la Armada francesa; esquivar a la holandesa, y llegar con los auxilios comprometidos al puerto de Dunquerque.

Reunidos los Consejos de Estado y Guerra con su presidente el Conde Duque de Olivares, con la asistencia de cuatro comisarios o diputados y otros que lo eran del Consejo de la Junta del Reino, se planteó la cuestión de la inmediata formación de una Armada poderosa, como lo demandaban las ineludibles necesidades de los dominios españoles. Había sonado la hora de acabar y dominar las continuas provocaciones de los franceses. A propósito de un reto lanzado por el aludido Arzobispo, jefe de la marina francesa, a D. Lope de Hoces —y según se rumoreaba, también a D. Antonio de Oquendo—, recibió el francés la réplica merecida: "En España sólo se aceptaba el luchar entre caballeros; y harían bien, antes de provocar a nadie, entenderse con el Príncipe Conde, de quien había recibido, sin protesta, varios bastonazos". También fue objeto de risas el inexplicable apresuramiento del mismo en dejar libre el campo, tan pronto tuvo noticia de la venida de Oquendo.

En este Consejo se discutió y defendió el plan de defensa de la costa por tropas terrestres, mientras que el transporte de las tropas se realizaría por mar, mediante un gran rodeo a la costa de Escocia, para luego desembarcar en Ostende. No fue, sin embargo, aceptada tan descabellada idea. En suma no se les ofreció mejor solución que la de aconsejar se tomara directamente el camino del canal de Inglaterra. Se estudió la forma más viable de alcanzar el principal objetivo, o sea el del aprovisionamiento y esfuerzos enviados a las tropas del Cardenal Infante.

Debía aprestarse, en consecuencia, en Cádiz una fuerte Armada, a la que debían agregarse en Coruña los galeones a cargo de D. Lope de Hoces, más la escuadra de Galicia y Portugal, las naves recientemente construídas en Guipúzcoa y Vizcaya, y las bien entrenadas en Dunquerque. En cuanto al nombramiento del general en jefe hubo unanimidad de acuerdo: sería el insustituible D. Antonio de Oquendo (1).

(1) Un autor portugués, el Almirante Costa Quintella en sus "*Annaes da Marinha Portuguesa*" (Lisboa (1.839-40), citado por C. Fz. Duro en su *Armada Española*, IV, 240, intenta hacernos creer ciertas supuestas divergencias de pareceres en cuanto al señalamiento de general en jefe. Manifiesta con rabioso partidismo que el Consejo se inclinaba por D. Lope, debido a que contaba con devotos amigos por gracia de sus palabras y reparto de beneficios. Al contrario que Oquendo, de quien, supone el aludido crítico, tenía fama de ser hombre de escaso ingenio y de carácter desapacible motivos por los que no era acepto al Consejo. Continúa inventando el mismo autor al decir que D. Lope de Hoces cortó la cuestión alegando no tener él pretensión alguna al cargo, en vista de lo cual se eligió para Almirante general a D. Andrés de Castro. En realidad no existió tal discrepancia ni seme-

CARTA REAL A OQUENDO. NOTAS ADICIONALES DEL CONDE-DUQUE

Al despacho del rey acompaña una curiosísima comunicación del Conde-Duque. Escribe con el léxico singular de que tantas muestras dió su patológico carácter, y nos revela su gran admiración y simpatía hacia nuestro gran marino. En una postdata a una larga carta del rey de 20 de julio de 1.639 en que le honraba con el título de vizconde, "más otra merced a vuestra satisfacción a la vuelta de la batalla", añade: "Señor don Antonio. Sea norabuena a V. S. la merced, etc., y séale mucho más enhorabuena las que V. S. puede esperar de obrar cosas grandes, y sin Dios no se puede obrar ninguna. Lo que yo doy firmado a V. S. de mi nombre es que las mercedes de S. M. serán por ventura mayores de las que V. S. imagina con creer yo que nadie imagina pocas en su favor. Debajo de esta prenda puede V. S. ejecutarme, aunque no sea menester; y hago saber a V. S. que lo que escribo, lo escribo de orden de mi Rey, porque, si me muriere, este papel tenga el crédito etc." (2).

TESTAMENTO EN CADIZ

No se hizo ilusiones Oquendo, antes, percatado de la difícil papleta a él propuesta, ordenó sus cosas en testamento firmado el 29 de julio y cerrado el 30 del mismo en Cádiz ante el escribano Juan Antonio Pulecio. En este documento intervinieron como testigos y albaceas sus buenos amigos Manuel de Iriberry y el capitán Juan de Sosoaga con otros varios. No me resigno a dejar de transcribir los solemnes términos del protocolo de tan importante documento. En él se transparenta tersa y luminosa su honda fe y al mismo tiempo el fundado presentimiento del ocaso de su ajetreada vida.

"En la baya de esta ciudad [Cádiz] donde al presente estoy sirviendo y porque en ella estoy de partida para hacer viaxe, y en prosecución dél puedo morir como es natural; para estar prebenido en las cosas de mi consiensa, creyendo, como verdaderamente creo, en el misterio de la Santísima Trinidad y en todo lo que cree y confiesa la santa y católica Yglesia; y con esa protestación de vivir y morir en esta católica fe poniendo

jante alusión. Ciertamente entre los jefes de la marina no hubo quien presentara entonces una ejecutoria de servicios más brillante ni más constante que Oquendo. A mayor abundamiento sólo me serviré de la orden real con el nombramiento de Oquendo, para General en jefe de la supradicha armada. Su lectura aclarará este punto mejor que nuestras enfadosas disquisiciones.

(2) C V P doc. 266.

por yntercesora a la santísima rreyna de los sielos, María, Señora nuestra, otórgome con su favor y auxilio, hago y ordeno este mi testamento y última voluntad... Primeramente encomiando mi ánima a Dios Nuestro Señor, que la crió y rredimió con su preciosa sangre; y si fuera servido de me llevar de esta presente vida, mi cuerpo es mi boluntad se deposite en el convento de frayles descalzos de la orden de San Francisco de esta ciudad o de otra qualquier parte donde muriese, etc....,"

Salta a primera vista en la lectura de este protocolo la singular predilección del buen Almirante por la seráfica orden del *Poverello* de Asís, a la que distingue con un afecto y donaciones por demás interesantes. Sin duda que influyó notablemente en esta determinación su tierna devoción hacia los custodios de la Virgen de sus amores, de Aránzazu, y su amistad con los religiosos del convento gaditano, donde cumplía sus deberes de cristiano práctico.

Evocando con memoria feliz todas sus amistades y obligaciones, desfilan personas a las que hace gracia de su merced u obsequios. Capítulo obligado es el de las misas (tres mil). con que resultan favorecidos los conventos de religiosas dominicas del monasterio del Antiguo, el de Agustinas de San Bartolomé y el de San Francisco, los tres de San Sebastián.

Para sus criados deja 150 ducados. Pero menciona particularmente a Esteban de Enseña, a quien dona un vestido de paño como también a Pedro de Evora y Diego Mascarel, a los que deja 100 ducados a cada uno. Igualmente favorece con 80 y 50 ducados respectivamente a Martín de Marsena y Antonio de Medina.

Recuerda con atención a varias religiosas: Micaela de Santa Ana "mi madre y señora", carmelita descalza de Lisboa con 100 ducados; a Catalina de Aliri, religiosa del monasterio del Antiguo donostiarra, con 50 ducados para la compra de un hábito; y a Jerónima de Portu, monja de San Bartolomé de San Sebastián, con otros 50. Da evidentes muestras de interés por la "beata" Leonor Gutiérrez y su hija Beatriz, habitantes en la calle Magdalena de Sevilla, ofreciéndoles 80 ducados.

Como hombre de recta conciencia recuerda algunas deudas de que son acreedores Martín de Xabier de Gaviria y el capitán Pablo Ureseuquis, vecino de Nápoles, a quien, por un error de cuenta, le dejó a deber 100 ó 150 ducados; y a Doña Mayor Bracio de Sarabia 1.000 ducados. Curioso en extremo el detalle referente a la libertad total de dos esclavos negros de su servicio, Francisco y María Albuo.

Confírmase mi presunción, en cuanto al nacimiento y bautizo de D. Antoni de Quendo en el término parroquial de Santa María con el interés demostrado por él mismo al añadir 600 ducados al capital anterior, depositado para la fundación de una capellanía principal en la iglesia donostiarra de Santa María.

Con un cariño verdaderamente paternal revela a su fidelísima esposa el secreto de su hijo natural, D. Miguel de Oquendo y Molina. Suplica le acoja y le ampare, y le designa por sucesor suyo, caso de fallecer los herederos directos, Antonio Felipe de Oquendo y sus posibles hijos, y María Teresa, o los sucesores legítimos de D^a Juana de Oquendo, su hermana. Otorgóle al hijo habido fuera de matrimonio un legado de 5.000 ducados de plata, aparte de otros objetos de valor. No queda en el olvido tampoco la pobre señora D^a Ana de Molina y Estrada, a la que cede 1.500 ducados de plata como regalo de boda o, mejor, como así sucedió, como dote de su ingreso en la severa y reformada religión carmelitana de Santa Teresa de Jesús, en Jaén.

Amor paternal respiran las siguientes mandas y declaraciones dirigidas a su hija Doña María Teresa. Recordando la rica dote llevada en el matrimonio con el Marqués Sr. Jacinto Samano —26.000 ducados— la señala otros 4.000 “con lo que se conforme ya que a su hermano, no todo lo que señala, le rendirá provecho”. A ambos los pide y ruega, se conllevan como buenos hermanos. Detalle singular: el regalo de una sortija de Siento rosa, la que le podía servir a María Teresa de adorno en el cabello.

En cariñosa remembranza vienen a su memoria —para ser premiados con la expresión de su afecto—, todos los parientes como son Tomás de Ibio, a quien llama hermano, por ser casado con su hermana doña María, regalándole la espada negra con que actuó en tantas batallas; a Dña. María, su hermana superviviente, ruega que continúe prolongando el amor que a él siempre le demostró, en sus hijos; a los sobrinos y nietos de su hermana doña Juana legó 200 ducados. Don José de Samano, casado con doña María Teresa, recibe en premio una espada dorada noguerada, y una cadena de espartillo precioso de valor de 2.000 reales guardada en la armería de su casa en Madrid. Donó 400 ducados de principal a la iglesia de Adanero para su reparación y para el aceite del Santísimo.

En cuanto a las cantidades a que era acreedor D. Antonio, no se olvidaba de la que Juan Fz. de Aguirre, cobrador de su encomienda, debe abonar; ni de otra de 36.000 reales de que había pleito en Sevilla con Juan de Padilla, ni de los 1.000 ducados que, cobrados por Martín de Barriola, no se le devolvieron más que 800. Finalmente perdonaba al capitán Miguel de Espina una deuda de 500 ducados por ser pobre y recordar haberle dado un esclavo negro.

CONSEJOS INTERESANTES

Merecen singular comentario los últimos consejos en los que se refleja su grandeza moral, fundamento de la gloria de Oquendo. A su hijo Antonio Felipe, inculca la obediencia y veneración para con su

mádre, y en segundo término, le enseña cuál debe ser la cifra e ideal de sus acciones: el recto cumplimiento de sus obligaciones y la conservación de su honor por la imitación de la memoria de sus antepasados. Cuando hubiere de tomar estado —aquí la experiencia de un padre, conocedor de la vida y costumbres de la sociedad entonces reinante—, tenga presente lo mal que se hallan las señoras castellanas en la Corte. Por ello le aconseja que elija y escoja de entre las damas de puertos allá, la que le haga feliz para siempre. Con eso daba a entender el peligro que corría si se dejaba seducir por el brillo y encantos femeninos de las damiselas de alto copete. Con realismo sensato le señalaba la bondad de las señoras del País, cristianas cabales y amas de casa perfectas, prolíficas y sacrificadas,

Cual confesión interesantísima, reflejada en este exámen de conciencia de su vida, insiste en reconocer la necesidad de cuidar el patrimonio familiar. Por que "no asistiendo en ello, todo se acabará, en breve tiempo". ¡Qué oportuna aclaración! Oquendo, cuya vida, lejos del hogar y calor familiares en tantos años, recogió los honores del aplauso general y recorrió la escala envidiable de los cargos y títulos más apetecibles, se veía en ineludible precisión de aconsejar a su hijo el arraigo en la casa paterna y el casamiento con mujer de estirpe vascongada. Y si como esperaba, según le prometió Su Majestad, le honraba con la merced de algún título nobiliario, prefería la adopción del de la villa de Adanero. No desconocería, sin duda, que el fuero legal vasco prohibía los títulos de grandeza sobre la jurisdicción guipuzcoana, en razón de la hidalguía propia y acreditada de origen. Con todo y, acaso por ello, añadía lo que fue para él de más aprecio: "Para que ande siempre con mi casa nativa de Oquendo que poseo y está fuera de los muros de la villa de San Sebastián a la falda del Monte Ulía".

PATÉTICAS PALABRAS

Sube de punto el dramatismo de esta confesión al dirigir las palabras de su última voluntad a su amada esposa María de Lazcano. Voy a transcribirlas íntegras para que el perfume de su íntima declaración no pierda un átomo de su esencia. Después de legar y encomendar en manos de ella íntegramente todos sus bienes, prosigue: "Le pido, me perdone lo poco que la he asistido y servido, deviéndole haser tanto, y séala disculpa el no haver me permitido S. M. dar la libertad, ocupándome en su rreal servisio. Encargo de mi alma como persona que tanto a servido y obligádome por todos caminos; y aunque no hay que poner, por última prenda mía le dexo una alhaja de diamantes que ay en mi escritorio, y no le señalo otras, pues de todas es dueña y señora, como lo es mía".

La ternura y delicadeza, transparentes en estas patéticas palabras, serían rubricadas con lágrimas por la fiel esposa. Esta tuvo el inmenso consuelo, envuelto pronto en fúnebre y duelo, de abrazar a D. Antonio en el puerto coruñés el año 1.640. Un secreto pacto alimentó la nostalgia de estas dos almas, siempre presentes y siempre alejadas: el acicate de la gloria al servicio de una causa justa en uno, y el afinamiento en el solar patrio y dirección personal de la educación de los hijos y administración de los vastos intereses de tan nobles e hidalgas familias en otra. Los dos, representantes de ilustres casas guipuzcoanas, reasumen en sus vidas ejemplares la casta y solera del carácter vasco de aquellos siglos.

LA BATALLA DE LAS DUNAS.-OPTIMISMO INFUNDADO

La conjura de Richelieu, junto con la tenaz voluntad de independencia nacional del príncipe Orange, alcanzan plena culminación en el desenlace fatal y catastrófico de las naves hispanas en aguas inglesas. Pero no adelantemos el curso de los acontecimientos. La comunicación del Conde Duque a Oquendo respiraba optimismo infundado y ansias de revancha. Le falló al megalómano político su temperamento, de bruscas reacciones cuando se iniciaba su espantosa crisis física. La curva del poder absoluto de Olivares marca, en su declive, una fatal consunción de fuerzas y vitalidad hispanas y el descenso vertical a un plano de inferioridad en la línea de las potencias rectoras de Europa.

Para el consejero de Felipe IV, la armada preparada en Cádiz, Lisboa y Coruña resultaba excelente, contando con jefes como para poder confiar en una gloriosa victoria. No obstante, los informes de técnicos y testigos competentes acusan evidente desacuerdo con la anterior apreciación. Es verdad que a las órdenes del Almirante General en España se alineaban jefes de honrosa memoria y bien curtidos en el arte de la guerra marina, cual un Miguel de Horna, (de Pamplona y avecinado en San Sebastián), hazañoso conductor y salvador de las naves de Dunquerque; un Massibradi, experimentado superviviente en esta memorable acción, jefe de la Escuadra de Italia; el donostiarra Almirante Mateo de Ulajani; D. Lope de Hoces, segundo jefe de la Armada; D. Francisco Sánchez Guadalupe, veterano General a las órdenes de Oquendo; y otros célebres como Vélez de Medrano, Ladrón de Guevara, etc. La preparación de la escuadra de Cádiz por Oquendo fue demasiado rápida y breve.

CAMINO DE LA CORUÑA

Hacia mediados de agosto las naves desatracan, rumbo a Coruña.

Para llegar a este puerto han de vencer un terrible temporal entre el Cabo San Vicente y Finisterre. Oquendo, interesado en la urgente salida de las naves allí concentradas, permanece en alta mar sin entrar en la bahía.

¿Cuál era el balance de la Armada reunida en Coruña? Según algunos, oscilaba entre los 50 y 70 navíos, incluidos los transportes. Nosotros nos atenemos a la relación oficial de Oquendo, con el detalle de la composición de hombres y escuadras. Hélas aquí:

RELACION NOMINAL DE JEFES Y NAVES

"Capitana Real"	"San Nicolás"
Patache "San Antonio"	"San Miguel"
idem "San Agustín"	"Orfeo"
"Santa Teresa"	"San Vicente", de Dunquerque
"San Jerónimo"	"San Martín", de Dunquerque
"San Agustín"	"Ntra. Sra. de Monteagudo"
"Gran Alejandro"	"Santiago", capitana de Galicia
"Santa Ana"	"Capitana", de Massibradi
"San Sebastián"	"Santo Tomás"
"Sanra Catalina"	"Ntra. Sra. de Luz"
"San Lázaro"	"Santa Clara"
"San Blas"	"San Gedeón", de Dunquerque
"San Jerónimo", de Massibradi	"San Carlos", de Idem
"San Nicolás"	"San Jacinto"
"Santiago de España"	"Santo Cristo de Burgos"
"San Juan Bautista"	"San Pablo"
"Esquevel"	"San Miguel"
"San José", de Dunquerque	"La Corona"
"Los Angeles"	"La Prensa"
"Santiago", de Portugal	"San Esteban"
"Delfín Dorado"	"San Pedro de la Fortuna"
"San Antonio"	"Los Angeles"
"San Juan Evangelista", de Dunquerque	"Aguila Imperial"
"El Pingüe"	"La Mujer"
"San Carlos" de Massibradi	"Santo Domingo de Polonia"

A bordo de los navíos fondeados en Cádiz figuraba la dotación siguiente:

La "Capitana Real"	211	hombres
"Almiranta Real"	140	"
"Santiago de Castilla"	53	"
"San Pablo", presa	55	"
"Esquevel"	55	"
"Corona"	67	"
"Los Angeles"	55	"
Patache "Jesús María"	38	"
Urca "San Pedro Mártir"	53	"
Urca "Fama"	56	"
Saetia, "Santa Teresa"	20	"

ESCUADRA DEL GENERAL MASSIBRADI

"Capitana"	76	"
"San Carlos"	60	"
"San Blas"	53	"
"Santa Cruz"	55	"
"San Nicolás"	55	"
"San Jerónimo"	46	"
"San Pablo"	25	"
Patache	27	"

ESCUADRA DEL GOBERNADOR MARTÍN LADRON DE GUEVARA

"San Pedro el Grande"	100	"
"El Gran Alejandro"	81	"
"San Esteban"	82	"
"Santiago"	54	"

Composición de la Armada de D. Antonio de Oquendo, concentrada en Cádiz por escuadras:

- 1.^a.—La de D. Antonio de Oquendo.—
- 2.^a.—La de D. Martín Ladrón de Guevara.—
- 3.^a.—La de Nápoles, bajo el General D. Pedro Vélez de Merdrano.—
- 4.^a.—La de Jerónimo Massibradi, con el Almirante Mateo de Ulajani.—

Estas cuatro formaciones de tan heterogénea variedad comprendían navíos contratados y por embargo de ragusinos, daneses, napolitanos, alemanes y españoles, sumando en total 22 navíos.

Composición de la Armada fondeada en Coruña

- 1.^a.—La de D. Lope de Hoces; Almirante, Tomás Echaburu.—
- 2.^a.—La de Galicia; General, D. Andrés de Castro; Almirante Francisco Feijóo.—
- 3.^a.—La de Dunquerque: General, D. Miguel de Horna; Almirante, Matías Rombau.—
- 4.^a.—La nombrada San José: General, Francisco Sánchez Guadalupe.—

Los 29 navíos de que constaba, unos de asiento y otros embarcados de distinta estructura —galeones, naves, fragatas, pataches y filibotes—, enarbolaban banderas de Vizcaya, Guipúzcoa, Cuatro Villas, Flandes y Portugal. En total 51 navíos de guerra. Agregados a ellos iban 12 transportes ingleses fletados para la tropa de refuerzo. En ellos se embarcaron unos 14.000 soldados: 8.000 de mar y guerra, como dotación de los navíos, y otros 6.000 infantes destinados a los Tercios de Flandes.

El insigne Miguel de Horna con su admirable escuadrilla de Dunquerque, en su empeño de incorporarse al grueso de la formación de los transportes, tuvo que librar en el Canal de la Mancha fuertes combates con varias avanzadas de los holandeses.

Uno de los objetivos a cumplir se refería a la persecución de la Armada francesa. Pues bien: el jefe de ésta, al recibir noticias de la aproximación de la de Oquendo, no tuvo el valor suficiente para inquietar, y sin más retiró sus naves a los puertos de partida. Así se le comunicaba a Oquendo en un despacho del Marqués de los Vélez.

CALIDAD Y EFICACIA DE LA ARMADA ENCOMENDADA A OQUENDO

El Conde-Duque exageró al elogiar hiperbólicamente la calidad de los navíos encomendados al marino donostiarra, pues según él, no hubo otra más importante desde aquella otra llamada con razón "La Gran Armada": todo era para él excelente: los navíos y la gente... Con todo, él mismo hubo de reconocer su inexperiencia en asuntos

(3) (1939) editado por L'Illustration; la correspondencia del arzobispo M. de Sourdis; la de Suey I. Clerc; Zwydinge, holandés.

(4) C V P doc. 266.

marinos, reflejada en aquellas palabras: "Yo le escribiré mis discursos imaginarios y sin experiencia, para que se ría de ellos y conozca cuán poco rehusó errar... que con celo imprudente me hace arrojar con liviandad a materias tan ajenas a mi experiencia" (4).

El informe del Almirante Feijóo, testigo de excepción, nos describe sin embargo, la dotación de la marina, calificándola de bisoña y de deshecho. Aún más: la Armada se hallaba falta de todo; como reclutados a la fuerza (la mayor parte nunca había montado en un barco), no sirvieron más que de estorbo. Los artilleros eran tan insuficientes en número, que para cuatro piezas artilleras no se contaba más que con un artillero, y aun éstos pocos sin práctica de tiro. La infantería, exceptuados los veteranos de los Tercios de Carvajal, sin instrucción y sin el uniforme adecuado.

En cuanto a las escuadras ancladas en Coruña, eran reconocidas como las más capacitadas por la calidad de los marinos; y en barcos, a la comandada por el insigne navarro Horna. A sus órdenes militaban la "San José", la "San Vicente", "San Gedeón", "Salvador", "San Juan Evangelista", San Martín" y el "San Carlos".

D. Antonio de Oquendo, fino catador del valer de las personas, escogió junto a sí en el "Santiago" al comandante de la de Dunquerque; y en su sustitución nombró para aquélla a D. Jerónimo de Aragón. En la escuadra dirigida por el consejero de guerra D. Lope de Hoces y Córdoba se destaca, entre los siete navíos de no muy buena calidad, la Capitana "Santa Teresa", construída en Lisboa; embarcación hermosa y digna competidora de las mejores adversarias, aun cuando la fatalidad se cebara en su destrucción trágica.

La del general y consejero de guerra D. Andrés de Castro enarbolaba la insignia de la escuadra gallega. Los informes que le acreditaban ante Oquendo, le suponían marino experimentado y merecedor de los mayores elogios; opinión desvirtuada luego por la realidad, pues fue fatal su cobardía y defección en la ulterior marcha de los acontecimientos. No inspiraba gran satisfacción la llamada "San José" del Almirante Guadalupe, con su capitana "El Santo Cristo de Burgos".

Tampoco dejaremos de consignar la excesiva confianza de Oquendo en cuanto a la observancia de la neutralidad por parte de Inglaterra, al permitir, la marcha sin custodia, de los transportes ingleses, cargados de soldados: tres de ellos, con 1.070 soldados, aprovecharon la ocasión para la huida. No me cabe la menor duda de que este contratiempo hubo de influir en la decisión y relaciones de Oquendo con el general inglés Pennington.

CONSIGNAS E INSTRUCCIONES

Entre las consignas e instrucciones despachadas por el Almirante español a los jefes de escuadra se incluían, entre otras, las siguientes:

1.^a, habíase de luchar en silencio desde el comienzo de la contienda; 2.^a, Oquendo se reservaba para sí el honor de enfrentarse con la capitana general enemiga; 3.^a, solicitaba de todos los jefes su heroísmo a imitación de la Real y según el crédito en ellos depositado; 4.^a, en caso de que el enemigo cerrara la ruta de Dunquerque, señalaba como punto de concentración el puerto de Santander; 5.^a, habían de atender principalmente a conservar la más compacta unidad en las evoluciones de la Armada y al orden y disposición de la gente para la adecuada distribución de las municiones, y finalmente para el asalto ordenado a las unidades enemigas (5).

Sincronizado el espíritu religioso con el patriótico, resulta ocioso el detallar la fe con que los marinos de Oquendo dirigían sus preces matutinas a la Estrella de los Mares, la Virgen del Carmen (6). Preparadas sus almas con la recepción de los sacramentos, se disponían a afrontar el porvenir con gran firmeza interior.

LAS CANCELLERIAS TRABAJAN

El embajador francés, en comunicación permanente con Richelieu, le pasaba el 26 de agosto un largo mensaje con el aviso y aclaración de haber cumplimentado las órdenes recibidas. A su vez retransmitía con fruición las últimas novedades captadas en los medios informativos holandeses; por ejemplo, la orden despachada a Oquendo de entrar en el puerto de las Dunas y de pasar desde este puerto inglés los refuerzos a Dunquerque por medio de la Escuadra de ese mismo nombre.

Constábase también la firme resolución del Príncipe Orange de destruir al español en el puerto antedicho (Dunas), estando informado de que Oquendo había de arribar a dicho punto. La revelación de este detalle patentiza la puntualidad en el cumplimiento de las órdenes por nuestro marino, en contra de la opinión defendida por el crítico Fernández Duro.

(5) C. Fernández Duro *La Armada Española*, IV 224-7 ofrece un extracto de la correspondencia de H. D'Escobleau París, (1833) III, 54.

(6) R.G. de M., vol. 124 (1942), sep. Manuscrito del s. XVII, de la Biblioteca del Escorial, y comentado en el diccionario náutico de Juan Avello de Valdés.

LA BATALLA DE LAS DUNAS

Aprovechando el buen estado del mar, la Armada leva anclas del puerto coruñés en los primeros días de septiembre. En vanguardia desfilaron los navíos de Dunquerque, conocedores prácticos de aquellas aguas y de los enemigos circundantes. Resultaron ciertas las informaciones transmitidas por el diplomático francés. Efectivamente, en la misma boca del canal aguardaba el General en jefe de la marina holandesa, Martín Hermetz Von Tromph, con 12 naves, a las que se juntaron luego otras cinco (1). Estaba dispuesto a cumplir la primera parte del plan trazado en las cancillerías franco-holandesas: cerrar el camino a los puertos flamencos, y empujar hábilmente las naves españolas hacia el punto estratégico de antemano designado: la bahía de Downs (Dunas).

Oquendo daba vista el 10 de septiembre a la boca del canal. El 16, al rayar el alba, a unas 14 leguas de las Dunas, cerca del cabo Bebecel, topó con la primera avanzadilla holandesa de unos 17 barcos. Iniciadas las hostilidades, abrióse el fuego entre algunas enemigas y las españolas, colocadas aquéllas en forma de media luna. Cobardearon las españolas hasta el punto de quedar sola la Capitana Real de Oquendo. Este, con táctica premeditada, avanza, abandonado de los suyos en di-

(1) Las fuentes informativas que nos han servido para el estudio de la batalla de las Dunas son las siguientes: C. FERNANDEZ DURO, *La Armada española*, IV, 204-23, quien en múltiples apéndices incorpora documentación interesante, como las informaciones secretas dirigidas a Richelieu por el Conde de Estrades sobre los movimientos de la Escuadra de Oquendo (pp. 223-4); la correspondencia del Arzobispo de Burdeos, Sourdis, sobre el mismo asunto (pp. 227-36); la narración de Matías de Novoa en su *Historia de Felipe IV*, (pp. 236-39); la narración del Almirante Costa Quintella en sus *Annes da Marinha portuguesa* (Lisboa 1839-40; pp. 240-5 la relación de E. Sué, aneja a la correspondencia de Sourdis (pp. 245-8); el extracto de la narración de Le Clerc en su *Histoire des Provinces-Unies des Pays-Bas* (Amsterdam 1723) (pp. 249-51); la relación de L. Campbell, incluida en sus *Lives of the British Admirals* (London 1781) (pp. 251-3); el discurso del Embajador extraordinario de España, Marqués de Velada (pp. 253-4). A ello añadimos las páginas de la obra *El héroe cántabro*, ya citado; las relaciones oficiales de Oquendo tras la batalla; las relaciones holandesas de Barentoz Waterdrinker y de Zwydinge y sobre todo el estudio de M. G. BOER, historiador holandés, acreditado por sus investigaciones en archivos ingleses, belgas y holandeses.

rección a la Capitana holandesa, dejándose antes prender por los cañonazos enemigos, sin respuesta propia. Admira en Oquendo el total dominio de sus nervios y la plena seguridad en su potencia. Sus subordinados obedecen en silencio la orden del superior. ¡Instantes preñados de emoción!

A un paso de la capitana de Tromph, las piezas y mosquetes españoles vomitan el fuego cerrado y graneado, ceremonia anunciadora del inmediato abordaje y asalto. Pero Tromph, a pesar de la ventaja, cede el campo con enigmática solución. En cambio la Almiranta holandesa, que cubría la retaguardia, no tuvo tiempo ni ocasión para huir. Tras ella corre la nave de Oquendo, aunque casi consiguen los adversarios hacer fracasar la maniobra, por efecto de un cañonazo, que destrozó el velacho de proa. Hubiérasele escapado la presa, sin duda, de no resultar, como así sucedió, disminuída la potencia y velocidad de la contraria y luego totalmente vencida por el golpe afortunado soltado desde la española.

Mas, ¡qué lastimoso aspecto ofrecía la de Oquendo, con el destrozo de las velas y aparejos, y sobre todo, con sus 43 muertos, entre los que merece mención el Condestable y los capitanes D. Bernardo de Quirós, Antonio de Escoroncela y Pedro de Oransoro! ¡Duro tributo, preludio de otros gravísimos!

Vanse ya perfilando dos tácticas combativas diametralmente opuestas. El uno esquiva la lucha cuerpo a cuerpo, defendiendo su posición, escudado en la revolución de los elementos y principios tácticos y técnicos de guerra, que se desarrolla y realiza victoriosamente en esta ocasión por primera vez en la historia de los sistemas de lucha marinos; el otro intenta dirimir la contienda con el ataque directo y frontal a la Capitana enemiga, al estilo de la batalla de Lepanto, siguiendo el modo de combatir hasta entonces reinante.

ALBOREO DE UN NUEVO ESTILO TACTICO DE GUERRA

En las diversas fases de la batalla naval de las Dunas, comprobamos la aparición y desenvolvimiento de una táctica ofensiva nueva en el arte de la guerra del mar. Hasta aquí las luchas navales se estudiaban y decidían por los generales de mar, al modo de las campañas terrestres, cuyo más luminoso y claro ejemplo se desarrolla en la batalla de Lepanto. Priva el sistema de la media luna en cuyo centro asienta la fuerza principal la galera o galeón del general en jefe, director y alma de las otras dos alas o cuernos. Estas dos extremidades resistirán o recularán, según constaten el éxito o la desgracia de su cabeza central. Tal concepción de la guerra no tuvo realización en la fracasada empresa de la "Invencible", en que no hubo plan táctico preconcebido y actuaron otros elementos imponderables. Entran en liza las naves holandesas.

Actuaron éstas al principio con una gran reserva y como adoptando el estilo de guerra corriente hasta entonces, el de la media luna. Cuando Oquendo, luchador veterano de cien lides, dibuja y lanza el tantas veces victorioso ataque a la nave insignia enemiga, Tromph rehuye la finta y desaparece sin descubrir el maravilloso plan posterior. El día 17 se pasa en escaramuzas leves y vigilancia de ambas, mereciendo la atención de los españoles los avisos o llamadas del contrario con la artillería a otras naves del mismo pabellón no muy distantes del escenario; y segundo, la cerrada formación —a barlovento— en fila india tan apretada, que el bauprés del uno tocaba la popa del antecesor. Contribuyó también a desconcertar a Oquendo la maniobra de los holandeses con que, siempre fuera de la línea del fuego mosquetero español, contenían con superioridad artillera aplastante todo intento de abordaje. ¡Admirable orden de batalla! Dueños de los movimientos y maniobras a favor del viento, imponían respeto aquellos cientos de bocas de fuego alineados ordenadamente en un frente único sin resquebrajaduras y con severa disciplina. A los avisos artilleros agregáronse otras 16 naves, sumando un total de 32. La refriega se acentúa el día 18. No varía la táctica, sostenida con un cañoneo continuo durante cerca de 15 horas, a distancia, valientemente contestado por la Capitana real, la "Santa Teresa" de Hoces, la Almiranta Real y algunos pocos galeones.

EL ALMIRANTE ULAJANI DESCABEZADO

Al socaire de la brisa pierden el lado favorable por el barvolento de las naves holandesas; momento que es aprovechado por el hábil Almirante Mateo Ulajani para iniciar un vivo cañoneo, con intentos de abordaje. Operación valiente, no secundada más que por un patache. Si, como escribió Oquendo al Rey, los otros navíos componentes de la Armada hubieran arremetido entonces cual era su deber, el éxito más completo coronara sus esfuerzos. Así son las cosas. Ulajani abordó a una enemiga con tan mala fortuna que una bala enemiga de cañón le descabezó. Impresionados los suyos con tal desgracia, pierden el ánimo y se rinden fácilmente al contraataque de seis naves enemigas. Oquendo informado del suceso, corre con algunos navíos en persecución de los enemigos con intención de recuperar las naves apresadas. Recrudécese la pelea por la determinación y calor de ambos en sostener la ventaja. Pero, ante la furia de Oquendo, se ven precisados a soltar la Almiranta, recuperada así, de Ulajani. No se pudo, sin embargo, recobrar el patache, por haberlo antes alejado el enemigo del lugar del combate. Con acciones de varia fortuna se llegó a las cuatro de la tarde. Mas la bonanza y la débil brisa imposibilitaron toda operación.

Al amanecer del siguiente día la situación de ambas Armadas

era la siguiente: La de Oquendo, a una legua de la costa inglesa, próxima a Downs. Aunque le separaban, no muchas millas de la costa flamenca, —verdadero objetivo final de la expedición—, halló en tan malas condiciones de navegabilidad las más importantes naves, que juzgó imposible poder alcanzar la meta ordenada por la voluntad real.

LA OCASION PERDIDA

Según cuenta el portugués Costa Quintella, se vió Tromp en grave aprieto al verse obligado a tomar puerto en la ensenada de Boulogne; circunstancia que no la aprovechó Oquendo, perdiéndose así la ocasión más favorable para la destrucción total del enemigo. ¿Por qué no se decidió a ello?

Sencillamente por las condiciones críticas y difícilísimas en que se hallaba la Armada española. No se puede creer tan fácilmente, como presupone infundadamente el citado crítico portugués, en la falta de visión de tal oportunidad en Oquendo; ni menos atribuir a terquedad la orden inflexible dada a sus subordinados de seguir a su nave insignia, torcienda la voluntad de éstos de atacar a la embotellada Armada holandesa. Contradice este parecer a la verdad de los hechos y a la exposición del momento y condiciones marinas de las naves de Oquendo, y mucho más claramente a la apreciación estimativa del valor de los luchadores españoles. La crítica objetiva de los sucesos —testimonios incontrovertibles que exhibiré en el estudio de esta batalla— proyectará suficiente luz para dilucidar apodóticamente tan espinosa cuestión. Las corrientes arrastraron las naves a un punto inglés situado entre South Foreland y North Foreland, frente a la población denominada Deal, tan combatida en la segunda guerra mundial por las baterías costeras alemanes.

ENTRADA DE LA ARMADA ESPAÑOLA EN LAS DUNAS

Oquendo no tuvo más remedio que aceptar la contingencia de buscar asilo en ese puerto neutral de las Dunas. Con este nombre se conoce una rada al N. de Dover en la costa oriental del condado de Kent. Es una amplia y vasta ensenada, no un puerto. Pues bien: en la misma rada fondeaba parte de una escuadra inglesa bajo el mando del almirante Pennington.

El inglés, al contemplar la entrada de las naves de guerra españolas, pretendió con orgullo que se le rindieran los saludos de rigor y se abatiera la bandera ante el pabellón británico. El Almirante en jefe español se negó a cumplimentar tal orden. ¿Por qué? Parecía lógico que, reinando la neutralidad entre España e Inglaterra, se observarían las convenciones internacionales de rigor en estos casos. Es

evidente que existía legalmente la neutralidad; pero en la realidad se descubriría un estado latente de malevolencia y espíritu de revancha, imposibles de traducirse y de compadecerse con una entente cordial. Lo cierto es que Oquendo, con la investidura oficial de España y, psicológicamente impresionado por el recuerdo amargo de la muerte de su padre a raíz de la derrota de la "Invencible" se negó; pero requerido por segunda vez, y, previo el acuerdo de su Estado Mayor consultado al caso, dióse observancia a las ordenanzas del saludo internacional. Don Antonio de Oquendo, en su relato oficial de la batalla, justifica su determinación, explicable ante ciertas razones gravísimas de oportunismo. Había que atender a procurar la ayuda, o si no el permiso del rey inglés para proceder a las reparaciones de las naves hispanas averiadas. Pero, sobre toda, otra razón; importaba mucho, según la consigna dada a Oquendo por Felipe IV, se evitaran absolutamente las molestias y el disgusto del impresionable pueblo inglés.

Otro detalle digno de consideración nos ofrece el que se adoptara aquella decisión, después de las deliberaciones y consultas del Consejo técnico de Jefes. De ello hace fé un testigo inexcusable: el Almirante Francisco Feijóo. A continuación el embajador español en Londres desarrolló —aunque sin gran éxito— activas gestiones para conseguir una provisión rápida, así de pertrechos de guerra, como de los útiles necesarios para la reparación de los buques. Más útil colaboración se consiguió del Cardenal Infante D. Fernando.

CUMPLIMIENTO CABAL DEL PRINCIPAL OBJETIVO

La Providencia vino en su auxilio para la feliz realización del principal objetivo. Tratábase de burlar el terrible bloqueo de la ruta a Flandes a donde iban destinados más de 5.000 soldados y un tesoro de tres millones de ducados. El 27 del referido mes, una espesísima niebla cerraba toda visibilidad. Tan ideal oportunidad fue aprovechada por las unidades de desembarco, escoltadas por barcos de mediano tonelaje de su Escuadra y de la de Dunquerque para, transpuesta la barrera enemiga, hacer llegar al puerto flamenco de Mardích el mayor contingente transportado en 56 pesqueros.

En esta difícil operación se puso de relieve una vez más la maravillosa concepción táctica de aquel marino, siempre seguro de sí y de la máxima confianza de España, Oquendo, desembarazado así de aquel principal cuidado —agobio tenaz de sus nervios—, podía ahora dedicarse a otra operación fundamental e inexcusable de la que dependía la vida o muerte de su Armada.

PREJUICIOS INGLESES

Mientras los de Oquendo trabajan febrilmente en los preparativos antedichos vamos a saber qué hacía la Armada holandesa fondeada en Boulogne. Pasado el apuro y trance inverosímil antes referido, dirigieron sus naves al puerto francés de Calais, cuyo gobernador amigo del jefe holandés, ayudó a resolver en breve todas las dificultades presentes. Con celeridad increíble se llenaron los depósitos de pólvora y provisiones; se repararon las averías y puso proa en dirección a la rada de las Dunas. La batalla se avecinaba.

Puédese comprender el enojo de los ingleses con la temible presencia de las naos españolas, animadversión agudizada ante la fatal decisión del último visitante holandés. El Almirante Pennington tenía orden de su rey Carlos de mantener a toda costa la neutralidad de las armas inglesas y defender el atropellado contra el agresor que rompiera las hostilidades. ¡Vanas apariencias!

¿Cómo podía confiarse en el cumplimiento sincero de las promesas y garantías por parte de una potencia auxiliadora secreta de las naciones, empeñadas en la destrucción de la hegemonía de la casa de Austria? En el ánimo de los ingleses latía el odio y el miedo a la presumible invasión, tan certeramente descritos por la ágil pluma de Andrés de Mauróis.

Presupuestos estos antecedentes, todo auguraba malos presagios. Parte de los navíos de Holanda fondearon a tiro de mosquete de la española, y otra parte se mantenía en crucero observador en el canal. Manteníase el bloqueo, con lo que se aumentaron el embarazo y apuros de los Oquendo en cuanto a allegar los útiles para las operaciones. La vigilante mirada del arrogante Tromph controlaba la entrada del canal, costando Dios y ayuda el burlarla.

ENEMIGOS CABALLEROS

Cuando intentó una nave de refuerzo, cargada de perchas de arboladura para la española, obviar el estrecho bloqueo, apareció de improviso una enemiga. Podía descontarse el final. Pero ¡paradoja singular! en un rasgo inverosímil de caballerosidad, no puso impedimento al paso de la sorprendida nave. Antes, al contrario, con un atento billete o cédula dirigido al Almirante general Oquendo, le ofrecía Tromph sus respetos y sus servicios para cuantos refuerzos necesitaba porque ardía en deseos de medirse en buena lid con tan glorioso general de España.

Para los holandeses la figura de Oquendo representaba algo más que un símbolo heroico. Era la figura de talla que contrastaba el valor de los hombres y a la que todo holandés rendía el tributo —sincero

por venir de campo enemigo— de la admiración. Veían en él al invicto campeón de los mares y tenaz obstáculo a la expansión y asentamiento de los Estados Generales en América. En una palabra se le consideraba el enemigo público número uno. Mientras la fatídica sombra de Oquendo dibujara sus contornos en los campos de batalla, la hegemonía naval, ensueño de los holandeses, no cuajaría en todo su esplendor. Al simpático gesto del marino holandés, correspondió Oquendo con un valioso regalo de vino exquisito, además de con un saludo cordial.

CONNIVENCIA INGLESA CON LOS HOLANDESES

Atento a las neesidades perentorias de la Armada, diezmada por los enfermos y carente de los más indispensables medios para la lucha, gestionó y consiguió con infinitos trabajos una pequeña cantidad de ellos. De esta manera reparó y aprestó de mala manera la resquebrajada formación naval. La situación de los españoles se agrava por momentos por la connivencia del jefe holandés con el inglés. En amistosas conferencias, contrarias al espíritu de la neutralidad, se tramitaban los problemas provinientes de la anómala situación de los beligerantes.

No se le ocultaban a Oquendo los manejos de Tromph atento sólo a engrosar la primitiva composición naval con la llegada de incessantes refuerzos en cantidad exorbitante, hasta concentrar un número de 114 a 120 naves; de ellas 17 de los conocidos brulotes. Transcurrió un més sin obtenerse fruto alguno de las gestiones españolas en la corte londinense. Con todo, al anochecer del 20 de octubre, llególe, al fin un barco con una escasa cantidad de pólvora. Además, gracias a las ímprobos gestiones del delegado del Cardenal Infante, el maestre de campo Simón de Mascareñas, se le agregó a su formación un débil refuerzo de 700 soldados flamencos.

El holandés buscaba un pretexto cualquiera para provocar la catástrofe. En esto, una desgracia, al parecer casual, habida en un miembro de ella, prendió la chispa anunciadora del conflicto. Con teatral exposición, expresó Tromph al inglés las imaginarias razones de su indignación. Siguiéronse a esta acción unilateral una serie de actos ofensivos como lanzamiento de unos barcos de fuego, y la disposición de las escuadras holandesas abrigadas en la rada, en plan de batalla.

CONSEJO DE GUERRA Y HEROICA DETERMINACION DE OQUENDO

Ante la difícil situación planteada por la creciente progresión de los navíos holandeses, la tensión de las fuerzas españolas ante la visible desproporción de sus fuerzas llegó al límite. Resolvióse convocar

un consejo de guerra para deliberar acerca de las medidas a adoptar. Oquendo pidió a cada jefe su parecer sobre el estado de cada nave. No pudo ser más desastrosa la revelación. Muchos de los marinos gallegos reclutados forzosamente contra su voluntad, habían muerto y otros enfermado. La escasez de pólvora era tanta, que no dudó el Almirante Feijóo en afirmar que "en los más de los navíos sólo había las espadas de los oficiales, como se echó de ver después en algunas que se tomaron de que no hicieren poca burla en los Estados" [de Holanda]. Se recordó los antecedentes de la tristemente célebre derrota de la Gran Armada en estos mismos parajes. Otro de los allí presentes puso de relieve el grave inconveniente de los navíos españoles, en cuanto a su navegabilidad en el canal, por la torpeza, grosura y dificultad de movimientos.

Uno de los que llevó la voz cantante en esta Junta, fue el Almirante Andrés de Castro. Este, corroborando el parecer de otros jefes, expresó su impresión derrotista en términos que contradecían y desacreditaban patentemente la fama de su valor y crédito real. Según el gallego, mal podían pedir y alcanzar del rey de Inglaterra el beneficio del asilo, cuando precisamente fueron los ingleses los primeros en quebrantar las leyes de neutralidad. Aún más, sustentaba la opinión de que aquéllos, al saber la inferioridad de las fuerzas puestas por los españoles enfrente de los holandeses, se anarían con estos en cuanto emprendieran el primer acto de agresión.

Puestas las cartas, como vulgarmente se dice, boca arriba y justipreciados todos los pareceres, se acordó, apoyando el dictámen de D. Antonio de Oquendo, salir de la rada británica tan pronto se recibieran de Dunquerque o de cualquier otra parte algún socorro de pólvora. Oquendo vivía y era consciente de la responsabilidad enorme del momento y de las circunstancias. Comprendía que no podía fiar en absoluto en el respeto de los demás a la neutralidad, expuestos como estaban a ser quemados impunemente dentro de las aguas jurisdiccionales inglesas. Sobrenadaba en la superficie, sin que pudieran disimularlo, la actitud equívoca e inamistosa de los ingleses, patentizada en los obstáculos interferidos a la puesta a punto de las naves hispanas por dos veces, máxime cuando, mediante concierto de ambas partes, se había pagado la pólvora que luego se les negó.

No habiendo tiempo que perder, Oquendo juzgó oportuno exponer claramente su punto de vista. Dadas las circunstancias reinantes, prefería, caso de negarse los demás, salir el sólo al ancho mar a combatir, poniendo en manos de Dios el suceso. Creía más digno y decoroso de su vida y crédito morir luchando cara al enemigo, que exponer toda la Armada a una falsa seguridad. Además de que confiaba ciegamente en poder atravesar el canal y acogerse finalmente a algún puerto flamenco.

Siempre figurará en la historia de la marina española, como dechado incomparable de heroísmo y de honor, la memoria de este gesto,

repetido siglos después en Trafalgar por el heroico guipuzcoano Churruga, y en los frentes de guerra americanos por los inmortales Cervera y Blas de Lezo. ¡Qué de extraño tiene que, ante tan esforzada resolución del donostiarra, los demás jefes, encendidos en el mismo ideal consagraran su espada y su vida en holocausto del honor de la bandera patria!

Precipitados los acontecimientos por la actitud de desafío de la formidable masa naval holandesa en línea de combate, los españoles imitaron el gesto. Y arrebuajados en una densa niebla, pusieron rumbo a alta mar.

La Capitana real abrió la marcha por aquel oscuro tunel, seguida por la nave de los más árdidos y competentes jefes de la armada: Hoces, Asensio, Feijóo, los de Dunquerque y de Masibradi. Cuando se desgasó la niebla y se aclaró el paisaje, quedaron estupefactos al advertir la ausencia de más de la mitad del grueso de la formación.

¿DEFECCION DEL ALMIRANTE CASTRO?

¿Qué es lo que había ocurrido? Tal fue la pregunta con que el Generalísimo Tromph inquirió días después del combate al Almirante Feijóo, prisionero en la Haya. A lo que el interpelado respondió con sentimiento y orgullo, que no podía comprender que el abandono de las filas de combate se debiera a falta de valor, si no atribuible más bien a la impericia de los pilotos.

Otra versión del suceso nos da el mentado Quintella quien aprovecha el caso para culpar la memoria de Oquendo. Según él la determinación de salir a la mar la adoptó el General en jefe, sin previo aviso alguno a los demás jefes, razón por la cual el grueso se atropellara, unos con otros, al pretender salir, sin poder maniobrar acertadamente. A ello se debió también, según el mismo crítico, el encallamiento de unos 33 navíos, entre los que se hizo tristemente célebre la capitana del Almirante Andrés de Castro. La actuación de este infeliz marino arrastró con su ejemplo y derrotismo a gran parte de la formación española.

En los antecedentes de este episodio se vislumbra y pone de relieve la escasa combatividad, incompetencia y aun atisbos de mala voluntad por parte de algunos capitanes. Contraste visible con otros, admirables por el valor, y orgullosos del crédito de España y afectos al General Oquendo, en resumidas cuentas, fueron los héroes del día, admirados por los extranjeros: Hoces, Horna, Masibradi, Medrano, Carbajal, Echaburu, Feijóo, etc. Encuadrados alrededor de su jefe Oquendo orlan con su quijotismo heroico la página sangrienta y espeluznante de este día trágico en los anales de la marina española.

Crispa los nervios el contemplar la escasa pero noble haz de representantes hispanos enfrentados con la flor y nata de los almirantes

holandeses. Solamente 21 naves derrengadas ante la gigantesca masa de 114 contrarias, aguerridas y bien reforzadas de artillería y soldados. La desproporción resulta evidente: de cinco a uno.

¿Cuál hubiera sido el desarrollo de la batalla de haberse acoplado los 23 navíos descolgados a la vera de los otros 21 valientes, conscientes de su deber y de la carta que se jugaba en el tablero de ajedrez europeo? La irremediable situación y crisis final vino a romper todas las esperanzas de Oquendo y del Conde-Duque. Aun cuando antes que la victoria fácil que presumían los holandeses, debían éstos ser testigos de una lucha grandiosa y sin par en la historia naval, como se vió obligado a confesar el crítico español Fernández Duro.

Delimitados los campos, observó Oquendo la soledad de la Santa Teresa de Hoces. Deseando, reunirlos en compacto grupo y dar la batalla con todas las naves, esperó se le agregará la anterior, cargando las velas y arriando velacho. De pronto inician los cañones su espantoso rugido, cruzando a dos bandas los tiros, a lo que se debe sumar el grave inconveniente de los 14 barcos de fuego o brulotes.

LA DANZA DEL FUEGO

D. Antonio de Oquendo, consciente de las intenciones del holandés de malbaratar dentro de la rada las naves hispanas con riesgo mínimo propio, dispuso la salida de la Armada en el más impenetrable silencio. Las presunciones resultaron ciertas. Efectivamente en la madrugada del 21 de octubre, estando aún dentro de aquel abrigo, los holandeses comenzaron su plan, lanzando varios brulotes, con la pretensión de quemar impunemente a sus adversarios (2). Los españoles redoblaron sus esfuerzos para hurtar las tretas del contrario con audacia y desesperación. De esta suerte las lanchas de Oquendo prevenidas al efecto consiguieron, al aproximarse los brulotes, desviar la dirección de los mismos tras ciertas operaciones arriesgadísimas.

Ante tales amenazas, antes de que Tromph desplegara sus maquiavélicos planes de ataque general, el Almirante general donostiarrá puso en marcha su propósito de escapar de aquella ratonera. Cambiadas

(2) Los brulotes eran pequeños barcos de 200 a 300 toneladas, dotados de garfios de hierro salientes y pendientes de los peñoles de las vergas, y que llevaban en su interior explosivos y elementos cáusticos de fácil combustibilidad, como pólvora, azufre trementina, alquitrán, etc... Lanzados tales ingenios contra el blanco, se incendiaban, al chocar, prendiendo fuego al barco afectado por el choque. No era desconocido tal ingenio para la Armada española. En 1372 lo empleó el Almirante Bocanegra contra ingleses en la batalla de La Rochela. El padre de Oquendo, D. Miguel, sufrió sus efectos en la dantesca noche de la "Invencible" cerca de Calais. Hacía menos de un año padeció análogo ataque por parte de la Armada del Arzobispo de Burdeos, la Escuadra de Hoces, cerca de Guetaria. ¿Por qué no echó mano de brulotes nuestra Armada? Probablemente por considerarlos indignos de las convencionales normas caballerescas de los guerreros del mar. Cfr. FERNANDEZ DURO, *La Armada española*, IV, 153.

las señales de rigor, enfiló a barlovento la salida y se deslizó fantasmática la procesión naval en las sombras de una pegajosa niebla, a cuyo embrujo se consumó o por perfidia cobarde o por impericia inexcusable, el desastre inutilizador de 23 barcos de la Armada.

BIZARRIA DEL ALMIRANTE FEIJOO

En el mismo caso de embarrancamiento que aquéllos, se halló el navío del Almirante Feijóo. En efecto, dicho jefe estaba verificando ciertos sondeos en aquellos fondos, porque se daba cuenta del inminente peligro que corrían las naves. En tal coyuntura unos cuantos navíos compañeros se le echan encima, sin que valgan las señales de peligro lanzadas desde la cubierta.

Para evitar la colisión, intentó una maniobra difícil que ocasionó el encallamiento de su nave por la parte de popa. No se amilanó por el accidente. Ordenó a la tripulación ocupar y cargar sobre la banda libre. Con tal procedimiento consiguió el aligeramiento de la otra y el oportuno desencallamiento. Incorporado a continuación al grueso de la Armada se aprestó como un valiente a defender el honor de la bandera patria. ¡Lástima que no todos se comportaran como él!

TRISTE SINO DEL ALMIRANTE HOCES

Respondían las Escuadras, —sobre todo la de Hocés—, con celeridad de asombro, hasta el punto de soltar más de 1.520 cañonazos solamente de una banda. Defendíase heroicamente de ocho contrarios. Causaba asombro a los holandeses el alarde de valor de la de Hocés y temíanla en justicia, pues a más de una nave dejó fuera de combate. Viendo frustradas las intenciones de abordaje, pusieron de nuevo en acción los malditos brulotes. Arrojados tres de estos contra la Capitana de Oquendo, pudo esquivarlos con apuros. La misma operación de esquivar realizó Hocés con oportunidad en dos ocasiones. Pero la fatalidad se cebó en este bravo Almirante. Aquellos tres sorteados hábilmente por Oquendo apresaron en sus anillos ígneos a la nave de Hocés que corría en la misma dirección que la del donostiarra. Hacía una hora que Don Lope, desgajados un brazo y una pierna, después de porfiada lucha e invicto valor, había coronado su vida con heroica muerte. Pasto de las llamas la nave, su tripulación buscó la salvación en el agua salvándose sólo 39, recogidos por los botes holandeses.

RENDICION DE UN VALIENTE

Le tocó el turno a la Almirante gallega comandada por el valiente

Feijóo. Cumplía fielmente las órdenes dictadas por el jefe Oquendo, no lejos del área de combate. Se defendía como podía con la artillería. Llegó, sin embargo, un momento en que se quedó la nave con sus velas y aparejos desmantelados y con terrible mortandad a bordo. Para colmo de males, lanzáronse contra élla dos naves enemigas al abordaje. Una lluvia de tiros de mosquete de la española consiguen abortar el plan enemigo. Insisten y vuelven a la carga otros tres con varios navíos de fuego, ante los cuales se apartaron los cinco anteriores. Ante aquel cerco enemigo y ante la ineludible amenaza de incendio, los únicos trece marinos supervivientes.—entre los que cuentan el gobernador Juan de Matos, el sargento mayor Antonio Negerido, el Almirante Feijóo, sobrino del jefe de la dicha nave, y el Almirante don Francisco Feijóo—, atemorizados, se vieron precisados a aceptar las ofertas de rendición.

EL QUIJOTE VASCO

Repercutió sensiblemente la suerte fatal de aquellas dos valerosas naves de Hocés y Feijóo en la moral de los restantes galeones cuyas tropas predecían un final parecido. Perdido todo el valor, abatieron velas e izaron bandera blanca seis naves españolas. En este punto histórico, suspende el portugués Quintella la crítica de la narración del combate en su última fase, despreciando y callando con parcial premeditación la sublime gesta final de Oquendo. Hasta este momento no fue muy brillante el papel desempeñado por el Almirante general en jefe. Debido al sotavento, no pudo dominar la situación y acudir en auxilio de sus buenos amigos Hocés y Feijóo. Sostuvo, eso sí, un continuo fuego a distancia, pero sin más intervención especial.

La Armada holandesa con más de 60 naves, divididas en varias escuadras, se asignó un objetivo fácil: el de acorralar a las dispersas naves encerrándolas en un círculo concéntrico del que era muy difícil escapar. Si la eliminación de la Armada española como tal podía darse por conseguida, contaba todavía ésta con personalidad suficiente para mantener enhiesta la enseña patria con gallardía y ufanía, tanto más admirables, cuanto peores se presentaban las circunstancias y condiciones. Allá paseaba y esperaba su momento la legendaria figura de Don Antonio de Oquendo, con el que soñaba combatir, para medir su propia valía, el Almirante en jefe holandés Tromph. Pero no tuvo lugar, por culpa de este último, el combate personal tan ambicionado por el donostiarra.

Sube el dramatismo de la escena cuando uno de sus pilotos le sugiere la idea de escapar al puerto de las Dunas. Las ocasiones retratan y dan la medida de los hombres. A aquella infeliz ocurrencia del apurado marino, responde Oquendo con aquella su olímpica frase: "Nunca me vio, el enemigo las espaldas". Y con frío gesto rubricó la

orden de arriar las banderas de gavia y de prepararse a vencer o morir. La inmensa columna de naves holandesas se apresta al asalto final. Después de un cañoneo horroso a dos bandas, acrillan con más de 1.500 cañonazos a la enjaülada capitana hispana. ¿Conseguirían rendirla? ¿Abatirían por una vez siquiera el orgullo de la imbatible carrera de triunfos del Almirante general donostiarra? Las condiciones de la lucha no podían serle más adversas. Si a esto se añade la pesadumbre de la gente de a bordo, totalmente acoquinada y con deseos de rendirse más que de hacer frente dignamente al enemigo se comprenderá la sombra fatal que persigue hoy la estrella de tan buen capitán.

LECCION DE VALOR

De pronto un sublime arranque de fuego electriza el escenario de aquel buque. Sin duda que soldados y marinos arrinconados bajo la cubierta no esperaron la arenga que levantó su moral e inmortalizó a los resucitados campeones de España: "Si Dios fuere servido que en esta ocasión la [vida] perdamos, moriremos en defensa de la Religión Católica contra tan implacables enemigos de ella, por el crédito de nuestro Príncipe, y por la reputación de nuestra nación, espero que habemos de salir bien de este empeño. Y así no os espante el número: que cuantos más fueren, tendremos más testigos de nuestra gloria. ¡Santiago, y a ellos!". Magnífica lección de valor salida de labios de don Antonio, sinónima de aquellas otras en parecidas circunstancias pronunciadas por el historiador Jenofonte en su célebre "Retirada de los Diez mil Atenienses". "Lo heroico —ha escrito Stefan Zweig en su *Magallanes*—, siempre es irracional y antirracional, y cada vez que un hombre o un pueblo se imponen una misión superior a su verdadera medida, aumentan sus energías hasta alcanzar un poder jamás sospechado". Todas las generaciones anteriores semejan estar presentes a la noble decisión del león vasco de los mares, y las venideras escuchan el eco de aquella imperiosa voz, desafiando sólo con su desnuda espada, todo el poder de los enemigos. Por eso prendió maravillosamente en la psicología de los pusilánimes la llama de la gloria y el honor.

EL LEON IMBATIDO SALVA EL HONOR

Cuatro escogidos galeones holandeses, la Capitana, Almirante y otras dos, intentan abordar a la de Oquendo, desarbolada y acribillada por unos 1.700 cañonazos. En la osadía llevaron el escarmiento. Llegados a pocos metros de la hispana, ésta vomita imponente rociada de fuego, sembrando la muerte en las naves atacantes. Merece mención especial el insigne caballero de Santiago y almirante Miguel de Horna (natural de Pamplona y vecino de San Sebastián), quien perdió un

ojo en esta acción. Irrumpe el fuego general sobre la indomable Capitana de Don Antonio, mas en vano. Nueve trágicas horas de ataque incesante; ábrense innumerables vías de agua, imposibles de achicar con cinco bombas. Pero la Capitana general no se rinde ni rendirá nunca. Don Antonio con la vestimenta civil, sin adorno ni defensa alguna militar, con la espada desnuda en la mano, acredita su personalidad. El crítico naval Don Cesáreo Fernández Duro califica de heroico el comportamiento de Oquendo.

"La bizarría, el arrojo, el valor personal rayó en altura que no cabe exceder y que sigo creyendo, alcanzó Admirable espectáculo, combate sin ejemplar la de la Capitana de España" (3).

Sensible dolor le produjo la muerte de un tierno paje, a quien el marino donostiarra amaba tanto, que dispuso en los primeros momentos del combate se le resguardara tras del árbol mayor del barco. Con todo, a pesar de tales precauciones, una de las primeras granadas cortó en flor aquella vida.

La noche tendió piadosa su manto sobre las ensangrentadas naves. Ante la imposibilidad de rendir a la Capitana española, se retiraron confundidas las 10 naves holandesas sitiadas. La batalla había terminado. Quedaba, empero, a flote e imbatida la nave del glorioso Almirante general donostiarra, pese a toda la conjura internacional de Richelieu y del de Orange. Hecha una criba, pudieron las naves de Dunquerque remolcar a la de Oquendo al puerto de Mardique (Flandes) (4).

El balance final arrojó las siguientes cifras. Rendidos nueve galeones, de los que se hundieron tres, con los holandeses a bordo, que intentaban arrastrarlos a puerto holandés; la Almiranta de Feijóo, la Almiranta de Vizcaya, y la del maestro de campo D. Gaspar de Carbajal. Otras 33 naves españolas embarrancadas en las Dunas, Boulogne y Calais. Consiguieron alcanzar Dunquerque, después de la batalla, otras nueve. Después de las conferencias habidas en Londres con el embajador extraordinario Marqués de Velada, el rey de Inglaterra Carlos I devolvió a España las naves embarrancadas.

Las bajas se computaron por algunos, exageradamente, en 6.000 hombres, aunque la realidad se cifre en varios miles menos. Por parte del bando enemigo se constató la pérdida de 10 hermosos galeones y unos 1.000 hombres.

Esta acción naval ha merecido los juicios más contradictorios. Para algunos críticos no constituye más que un episodio de la biografía de

(3) C. FERNANDEZ DURO, *Inscripción de la estatua de Oquendo*, Boletín de la Real Academia de la Historia 25 (1894) 381.

(4) Según confiesa el historiador holandés LE CLERQ en su *Histoire des Provinces Unies des Pays-Bas* (Amsterdam 1723), citado por C. FERNANDEZ DURO, *La Armada española*, IV, 250.

nuestro marino. Pero en verdad, si la enfocamos en su repercusión europea, habremos de convencernos de toda su verdadera proporción y perspectiva.

La batalla de las Dunas pertenece histórica y cronológicamente al cuadro general de la espantosa guerra de los Treinta Años, en que el Sacro Romano Imperio y la Casa de Austria dirimen la controversia con la coalición nacida de la Reforma y ayudada por Francia. Estamos en vísperas de la derrota de Rocroy de los invictos Tercios (1643). Cinco años más tarde se consumará la pérdida de la hegemonía política en el tratado de Westfalia.

RELIEVE Y ECO INTERNACIONAL

Atinadamente han expuesto los críticos modernos, en contra de la mayoría de los historiadores y comentaristas españoles, el balance de esta formidable batalla en sus debidos términos. Para unos, el planteamiento y desarrollo de la lucha en Downs no es sino un episodio accidental, sin mayor relieve ni consecuencias políticas transcendentales. A través de él se consuma el acrisolamiento de la fama personal del gran caudillo Oquendo. Para otros, es una de las fases complementarias e interesantes de la gran pugna de los Treinta Años. La alianza de Richelieu el 28 de Abril de 1635 con Suecia, con la ayuda financiera a los Estados Generales de las Provincias Unidas, entraña el paso fundamental previo para desencadenar la tormenta en mar y tierra. La derrota de Oquendo en las Dunas marca una fecha capital, augurio de la pérdida de la hegemonía naval, que pasa a manos de la nueva potencia, Holanda. Dunas, Rocroy y la paz de Westfalia, jalonan hitos desgraciados en la historia española del siglo XVII y la victoria de la política de Richelieu y del de Orange. Fracasan las tácticas y métodos antiguos. Una nueva era alborea en el mundo. El famoso dicho "en Flandes se ha puesto el sol" anuncia el cierre de un ciclo glorioso cuyo protagonista, en el mar, fue nuestro Oquendo. Sobre el reflejo de este hecho singular cuyo comentario nos da pie a recoger la impresión de Europa, vamos a entresacar unos cuantos testimonios fehacientes.

ECOS EUROPEOS DE LA BATALLA

En la ciudad bohemia de Roudnice, Polixena von Perustein y Manrique de Lara, casada en segundas nupcias con S. Adalberto von Lobkovitz, gran Canciller de Moravia, católico y fiel a los Habsburgo recibió deslumbrantes noticias propaladas por los holandeses acerca de la victoria naval sobre Oquendo. El bonito palacio de los Lobkovitz, que en su biblioteca encierra preciosos tesoros así como correspondencia con los parientes españoles, conserva también la relación escrita por el

jesuíta Juan Gómez Agraz sobre la batalla de las Dunas, tratando de desvirtuar las exageradas especies de los holandeses en favor de la desconsolada Polixena (5).

El Conde de Estrades remitió su informe triunfal a Richelieu: "Es la victoria más completa que jamás se haya visto". Podía respirar tranquilo el Cardenal francés y pensar en el engrandecimiento de Francia. También Inglaterra respiró con satisfacción. Las apreciaciones sobre la batalla son contrarias, y hasta absurdas. El francés Sué reduce la fácil victoria a un simple juego y gasto de pólvora y balas. El inglés Campbell destaca la psicosis de miedo de los ingleses. El portugués Costa Quintela lanza sus dardos contra Oquendo, con notoria parcialidad; a él le sigue Fernández Duro. Lo más sorprendente del caso es que se imprimieron relatos hiperbólicos en que se celebraba la victoria española.

Holanda tributó homenajes sin tasa a Tromp y le regaló una preciosa cadena de oro de 2.000 escudos. Se acuñó una moneda en cuyo anverso se grabó la acción de las Dunas y en su reverso una leyenda alusiva. No parece verosímil la acción atribuida a Tromp de enarbolar una escoba en la antena de su barco, en son de burla. Tromp, profundamente caballero y religioso, no necesitaba de tales artes para acreditar el valor de su persona. Precisamente en las visitas que hiciera al Almirante Feijóo, preso en La Haya, manifestó que se había dado cuenta de las maniobras de Oquendo para el abordaje, pero él las excusó "por la fuerza que conocía en nuestra Capitana". La habilidad marinera, la estrategia artillera y sobre todo la nueva táctica revolucionaria de combate empleada, convirtieron a Tromp en un maestro estratega. El historiador holandés Boer dice: "No solamente lo ha venerado como a su maestro la segunda generación de nuestros héroes del mar, sino que también los Almirantes ingleses lo han considerado como tal".

EL JUICIO DEL PROPIO OQUENDO

También Oquendo se pronunció sobre lo acontecido en carta al Rey: Aunque el suceso no era como él deseaba, había sido mejor de lo que esperó. Fernández Duro se hace una pregunta: ¿Fue acertada la decisión de Oquendo de plantear el combate en mar abierto? Podemos preguntarnos además nosotros: ¿Por qué, en vez de abrigarse en puerto inglés, no atendió la sugerencia ajena que le señalaba el seguro de Mardique? Una cosa es clara: no fue ni por terquedad ni por presunción. Tras consultar con los técnicos conocedores de aquellos

(5) M. de IRIARTE, *España fuera de España, En el palacio de los Lobkowitz*, Razón y Fe 86 (1929) 430-4.

bajíos, creyó imposible poder entrar con su Capitana en la barra flamenca. La realidad le dio la razón, cuando se intentó introducir su navío a remolque de las naos de la Escuadra de Dunquerque. Como colofón de la experiencia y de las prevenciones manifestadas antes del combate ante el Rey y ante Olivares, cierra su comentario con estas filosóficas palabras: "Será dicha, si esto no sirve de escarmiento".

Presupuesto el consejo técnico y la encerrona de la Armada en aguas inglesas, lo único digno y honroso era afrontar la lucha. La amenaza de los brulotes y de las provocaciones enemigas no dejaban otra salida. La causa de la derrota hay que verla en otros factores: 1. En la defección del Almirante Castro y en la poca combatividad de algunos mandos y tropa. 2. En el uso de los brulotes nunca empleados por la Armada española. 3. En la táctica de la fila, y sobre todo en la abrumadora superioridad de efectivos holandeses. Fernández Duro que reconoce el valor, la decisión y el heroísmo incomparable de Oquendo, le escatima competencia y capacidad técnica y táctica con sorprendente facilidad.

De la documentación aducida por el mismo crítico se deducen más bien otras conclusiones: la unanimidad con que se condena el proceder del Almirante Castro, derrotista aun antes del combate. El propio General en jefe se quejaría amargamente en la relación enviada al monarca de la conducta observada, de palabra y obra, por quienes más obligación tenían de luchar a tenor del crédito en ellos depositado por el Rey. El mismo Cardenal Infante, que lamenta la derrota, se muestra sorprendido de que los "demás navíos de la Armada no os hayan ayudado como debían, pues, si lo hubieran hecho, pudiera haber obrado más vuestro valor". Particular fuerza tiene el testimonio de un testigo visual como el Almirante Feijóo, olvidado por Quintela y Fernández Duro: "Nunca nuestra Armada guardó la orden de pelear tan clara y distintamente que había dado Oquendo a cada capitán y cabo de los bajeles, que fue la mayor causa de la derrota, que muchas veces sucede ganar las victorias, más con el desorden ajeno, que con el valor propio".

Ante testimonio de tal calidad, huelgan las afirmaciones un tanto gratuitas del portugués y español aludidos, ya que no responden a la verdad de los hechos. Ni los antecedentes ni los consiguientes de la ejecutoria de Oquendo muestran otra cosa que su pericia y el cumplimiento fiel, escrupuloso y hasta exagerado de las órdenes reales, con una serenidad, sangre fría y dominio de sí mismo, que revelan su extraordinaria personalidad. Su personalidad nada tiene que ver con directrices ajenas y con tácticas previamente discutidas y aprobadas. Ni pierde lustre su pericia y dotes marineras por la falta de espíritu de sus subordinados. Cuando falla la calidad de éstos o no se cumplen las órdenes dadas por el superior, no debe cubrirse tal falta de responsabilidad con la supuesta incompetencia de quien manda. La conducta

derrotista de las huestes del Almirante Castro contrasta demasiado evidentemente con la gallardía y heroísmo de los seguidores de Oquendo, contagiados de su espíritu indomable. Con 39 años de servicio limpio en todos los escenarios de Europa y América, la tragedia del 21 de octubre no empaña el heroísmo y la ejemplaridad puestas a prueba en aquella desigual batalla.

